Facultad de Filosofía
y Humanidades
UNIVERSIDAD DE CHILE

El estado sufriente del individuo y su inevitable fin en la filosofía de A. Schopenhauer

Tesis para optar al grado de Licenciado en Filosofía

Maximiliano Orrego

Profesora guía
Sandra Baquedano

Santiago de Chile
2023

A mi familia, amigos y Camila, por su gran amor, apoyo y comprensión siempre.

A mi profesora guía Sandra Baquedano por sus precisos comentarios y correcciones.

A mi profesora de media Betsabé Correa por inspirarme a estudiar Filosofía.

Índice

Introducción …..... p. 6

I- El sufrimiento en *El mundo como voluntad y representación*

I.1- En esencia, toda vida es sufrimiento …..... p. 7

I.2- La ausencia del sufrimiento en la contemplación estética …..... p. 17

I.3- La superación del sufrimiento mediante la negación de la voluntad de vivir. p. 28

II- Las edades de la vida, la vejez y la preparación para la muerte

II.1- La vejez y las demás etapas de la vida …..... p. 32

II.2- La vejez y la muerte …..... p. 39

III- La muerte en *El mundo como voluntad y representación*

III.1- La muerte personal …..... p. 44

III.2- La muerte en perspectiva …..... p. 55

III.3- El suicidio …..... p. 65

Conclusiones …..... p. 70

Bibliografía …..... p. 72

Introducción

En la obra más conocida de Schopenhauer, titulada *El mundo como voluntad y representación* (*Die Welt als Wille und Vorstellung*), el autor trata el problema del sufrimiento, y cómo éste forma parte esencial de la vida del ser humano. Así, a lo largo de su obra se dedica a indagar en los diferentes aspectos que conlleva el sufrimiento de la vida, encontrando su fundamento en lo que nombra *voluntad*. Una vez ubicado el sufrimiento como parte esencial de la vida de cualquier ser humano, se pasará a un intento por eliminar este sufrimiento de raíz, lo que lleva a la contemplación estética de lo *bello* y lo *sublime*, para últimamente definir que es solo en la *negación de la voluntad de vivir* donde se encuentra la verdadera libertad del ser humano.

A partir de lo esbozado hasta aquí se acudirá a los *Parerga y Paralipómena*, más precisamente al capítulo titulado "De las diferentes edades de la vida", en donde junto al diálogo de Cicerón llamado *De la Vejez*, se intentará esbozar una opinión acerca de la vejez y sus problemáticas ligadas al mundo actual. Así, también se analizará si esta etapa es mejor o peor que la juventud, basándose tanto en la opinión de los autores como en las observaciones personales del proceso de la vejez, y su relación tanto con el sufrimiento como con la muerte.

Finalmente se planea abordar los temas relacionados a la muerte basándose sobre todo en el segundo volumen de *El mundo como voluntad y representación.* Se planteará a la muerte como el inevitable paso final de cada una de las vidas de los individuos, en este sentido, se pretende tanto señalarla como lo que es –una fuerza imparable– como también una especie de merecido descanso de la vida. Para esta tarea el capítulo final se desarrolla en las temáticas de la muerte vista desde uno mismo, la muerte en perspectiva de nuestros seres queridos y el suicidio.

Es la Muerte que consuela, ¡ah! y que hace vivir;
Es el objeto de la vida, y es la sola esperanza
Que, como un elixir, nos sostiene y nos embriaga,
y nos da ánimos para avanzar hasta el final;
(Baudelaire, *La muerte de los pobres*, 2012, p. 248)

I.1: En esencia, toda vida es sufrimiento

El sufrimiento aparece en todo momento de la vida: se sufre ya sea por enfermedades, debido a sentimientos y emociones, debido a que los otros hacen daño, o que cada cual se lo hace a sí mismo. No hay que explorar mucho para encontrarse cara a cara con el sufrimiento y el dolor, la experiencia es inmediata: la mayoría de las veces, el dolor es gatillado inmediatamente al sufrir un daño físico, otras veces se siente como un dolor continuo que termina en una enfermedad. Asimismo, también la experiencia del placer no es muy cercana gracias al intermediario del propio cuerpo. En general "toda acción sobre el cuerpo (…) se llama dolor cuando es contraria a la voluntad y bienestar cuando es acorde a ella" (Schopenhauer, 2009, p. 153). Queda definido pues que la voluntad es la fuente del sufrimiento, y que el cuerpo es su instrumento para guiarse en el mundo.

En *El mundo como voluntad y representación* Schopenhauer habla acerca de cómo el mundo está conformado por estos dos aspectos: la voluntad y la representación. La voluntad se presenta como la *cosa en sí* del mundo en su totalidad, incluyendo a los *individuos.* Sin embargo, esta *cosa en sí* no es algo desconocido para cada quien, al contrario, resulta profundamente familiar, pues se encuentra en cada uno en todo momento. Cada cual es capaz de examinar su voluntad, cómo lo quiere, cuándo lo quiere, y dónde lo quiere[1]: no es común que alguien sin ninguna clase de motivación y sin ganas de hacerse cargo de sí mismo se quede sentado sin hacer ni un gesto, ni un movimiento, y que simple y llanamente espere la muerte. Dicho comportamiento es lo que Schopenhauer definirá como propio del *asceta,* el cual es un tipo de persona que muy raramente se presenta en nuestra realidad, ya que aún en los casos más extremos siempre se busca la preservación del yo, es decir, del cuerpo. De esta manera, es más

[1] Este cuándo, dónde y cómo corresponden a la razón de los motivos, que sería una forma incompleta del querer de la voluntad, pues incita a que la voluntad solo quiere ahora y aquí, y no en general, como parte de su esencia. Y es que, si bien los motivos exteriores parecen suficientes como para guiar nuestro querer, Schopenhauer dirá que "mi querer no puede explicarse en toda su esencia a partir de los motivos" (2009, p. 159).

frecuente y sencillo encontrar a alguien que sin conocer los motivos por los que sigue viviendo, sigue simplemente su curso vital, en lugar de hallar a alguien que siendo consciente de lo que quiere, cuándo y dónde, no se mueva ni siquiera para poder meter un trozo de pan a su boca.

Se entiende así el mundo material como una representación distorsionada de las ideas de la voluntad al objetivarse como fenómenos, y también, que esta subyace como esencia de este. Al mismo tiempo encontramos que en el individuo "la *voluntad* se manifiesta como el ser en sí del propio cuerpo, como aquello que ese cuerpo es además de ser objeto de la intuición o representación" (Schopenhauer, 2009, p. 158). La voluntad se objetiva en el cuerpo en su máximo grado, es por esencia libre, y en esa libertad puede elegir dos caminos: o bien afirmarse o negarse como voluntad de vivir (Schopenhauer, 2009, p. 365). Además, "ésta no conoce necesidad alguna, pero el hombre, como máximo grado de objetivación de la voluntad, se mueve por motivos que aparecen ante su razón a modo de necesidad" (Abreo, 2011, p. 84). A partir de lo especificado anteriormente, puede sostenerse que al ser un cuerpo cada individuo se encuentra como un objeto entre objetos, y puede relacionarse con estos otros objetos en tanto se reconoce como individuo y empieza a tener cierto conocimiento del mundo. La voluntad se presenta como algo inmediatamente conocido: lo más cercano al sujeto es su voluntad y, a su vez, *es* su voluntad, y en cuanto *es* su voluntad, desea incansablemente hasta la inevitable muerte.

Así es como en el conocimiento de uno mismo, es decir, en el conocimiento de la propia voluntad como esencia de su propio ser, esta se manifestará mediante una afirmación o negación. Ese conocimiento de sí mismo, o bien se convierte en un aquietador del sufrimiento, y abandonando toda clase de deseos suprime sus necesidades al transformarse en negación de la voluntad de vivir; o, por otro lado, al estar en conocimiento de esta naturaleza interior, y aun así decidiendo proseguir y cumplir los múltiples deseos y las infinitas necesidades, se lanza a la vida para dedicarse a cumplir sus inagotables deseos manifestándose como afirmación de la voluntad de vivir (Schopenhauer, 2009, p. 365). Así mientras no encontramos inmersos en el *principium individuationis*, el intelecto se encuentra:

> Atado a las imágenes ilusorias y los conceptos abstractos propias del principio de razón, no reconoce fácilmente su esencia más íntima, más que por breves momentos en que el conocimiento intuitivo emerge en él, mediante su sentir. Ligado a la individualidad, el hombre se encuentra ante la escasa posibilidad de comprender de sí sus limitadas

> cualidades y flaquezas de su particularidad como fenómeno, creyendo que es únicamente y nada más que eso (Abreo, 2011, p. 87).

Encontrándonos exclusivamente como cuerpo en el mundo, nos encontramos tan sólo como un objeto, viviendo mediante estímulos corporales con los cuales somos capaces de "reaccionar" al mundo: los ojos, manos, pies, vísceras, y todo componente de la corporalidad, es la voluntad objetivada en un individuo. En la vida diaria cada uno se ve envuelto en algún problema que lo aqueja en el momento, y de acuerdo con su percepción particular, la vida del ser humano está invadida por el sufrimiento: no solo se sufre cuando no es posible satisfacer alguna necesidad, sino que el sufrimiento también está en el conseguir deseos, en forma de aburrimiento. El camino de la vida es largo, y solo se puede descansar realmente en la muerte: el dormir es una especie de recarga, algo que da la energía suficiente para poder vivir otro día más, y no es un fenómeno inusual que, al no poder dormir, se termina enloqueciendo o llegando a la muerte.

Bajo la constante "estimulación vital", no disfrutamos ninguna clase de descanso de lo que llamamos vida: estamos condenados, más de lo que ya estamos por el estilo de vida de la sociedad actual, una sociedad llena de ruido, luces, y consumismo, donde prácticamente el deseo irrumpe en cada uno de los sentidos, invadiendo el propio ser. Los infinitos productos de la sociedad de consumo son introducidos a nuestras sienes apenas son divisados en los carteles publicitarios; cabría preguntarse, por eso, si la publicidad es algo malvado, si el solo hecho de que exista consiste en una señal de la mala fe de las empresas que las pagan. Volviendo, entonces, al punto central de este capítulo, se ha de retomar la idea del sufrimiento presente en la vida de todos y cada uno de los individuos que conforman la sociedad.

Se parece dilucidar que en la actual sociedad de consumo es más difícil que nunca evitar el "nublamiento de juicio" que supone la afirmación de la voluntad, se está constantemente bombardeando a los individuos con nueva información, tanta que ni siquiera se les otorga una capacidad de procesar todo lo que desfila ante sus miradas. Los infinitos productos del mercado, que cada año se renuevan, invitan a tener una fuente inagotable de deseos sin siquiera tener que esforzarse, más que para conseguir el dinero que probablemente cueste lo que se desea, porque la sociedad de consumo es, también, una sociedad del dinero. En la mayoría de los casos, se induce la creencia de que con más dinero se podrían solucionar todos los problemas, cumplir todos los deseos y necesidades, y sin embargo "encontramos por lo menos tantas caras felices entre los pobres como entre los ricos" (Schopenhauer, 2009, p. 374), por lo

que se puede advertir que el poseer dinero, incluso en una sociedad donde todo se puede comprar por el precio adecuado, no traerá la felicidad, y que si esta es posible de alcanzar debe ser de otra manera más que por el acumulamiento de riquezas y bienes.

Sea como sea, hasta ahora lo único que puede encontrarse como fuente de felicidad y paz, al menos de manera fugaz, es el cumplimiento de las necesidades y los deseos, solo con eso es que el ser puede calmarse unos momentos antes de que nazca un nuevo deseo que responde a una nueva carencia. En esta vida, se desea todo, a cada momento existe esta latencia de nuevas preocupaciones, nuevas metas y dolores: incluso en la sociedad actual donde todo pareciera estar al alcance de la mano nos encontramos con que nuestros deseos parecen haber alcanzado un punto extraño, las necesidades vitales como el comer, y el dormir se ven opacadas por estas necesidades materiales que nos crea esta sociedad de consumo en la que estamos insertos.

De aquí es donde deriva, entonces el origen del sufrimiento: el hecho de vivir, la concreción de proyectos y deseos lleva irremediablemente al sufrimiento, tanto si se logra satisfacer la necesidad, como si no. Si se quiere algo es porque se necesita, y se necesita porque aún no se posee. Esta falta de integridad que creemos que existe en nuestra vida, nos lleva a proponer mil y un proyectos, mil y una ideas de cosas que aún no poseemos para nosotros como individuos. Todos persiguen lo que los llama, y en esta persecución cada uno se desgasta, se daña a sí mismo y a los otros. El egoísmo aparece como otra de las esencias de la vida, en el mantenimiento del cuerpo propio de la vida particular: pocas veces en realidad el individuo se preocupa de los otros, o es más bien como algo secundario, lo principal es el mantenimiento del cuerpo, que no es otra cosa que "la *objetividad de la voluntad*" (Schopenhauer, 2009, p. 153). Así, cuerpo y voluntad forman una unidad inseparable, en donde el cuerpo será el medio de percepción primario para la intuición del mundo, y la voluntad el motor que nos guía a conseguir todo aquello que deseamos. De esta manera, de acuerdo con las palabras de Schopenhauer (2009), "al añadírsele el mundo de la representación desarrollado para su servicio, obtiene el conocimiento de su querer y de qué es lo que ella quiere, que no es más que este mundo, la vida tal y como se presenta" (p. 331).

Al sintetizar las ideas anteriores, se puede llegar al planteamiento de que la vida del individuo se desarrolla con una relativa normalidad en el mundo: este come cuando tiene hambre, bebe cuando tiene sed, se asea si lo siente necesario, se satisface sexualmente y un millar de otras acciones que son ejecutadas con tal de satisfacer los deseos de su voluntad. Es justamente en este deseo de satisfacción sexual en donde se encierra el otro gran deseo

inherente al ser humano, además de mantener el cuerpo para el seguimiento de la vida, aquí nos encontramos con la "propagación de la especie" (Schopenhauer, 2009, p. 370). Y es que, en su búsqueda por mantener la vida, el individuo se topa con su propia mortalidad, una finitud temporal del cuerpo, que hace que cada día que pase viviendo sea un paso más hacia la muerte. Al no existir ningún antídoto para la muerte, el hombre se dedica a procrear, en un intento desesperadamente egoísta de volverse inmortal por medio de sus hijos, lo cual en palabras del propio Schopenhauer se expone de la siguiente manera:

> La procreación es respecto del procreador la mera expresión o síntoma de su decidida afirmación de la voluntad de vivir: respecto del procreado no es la razón de la voluntad que en él se manifiesta, ya que la voluntad en sí misma no conoce razón ni consecuencia, sino que es, como toda causa, una simple causa ocasional del fenómeno de esa voluntad en ese tiempo y lugar (2009, p. 387).

Se ve cómo en la procreación se alarga el ciclo del dolor: la nueva vida que nacerá, sin duda alguna –al ser también una objetivación de la voluntad en la forma de un ser humano– se encontrará con el sufrimiento que conlleva vivir. Se aprecia en el acto una caracterización egoísta, y es que buscando la satisfacción del deseo sexual, se ha traído como consecuencia de este acto a otro individuo, reiniciando el ciclo del sufrimiento por medio de una nueva vida, encontrándose este nuevo individuo como otro objeto entre objetos, en la búsqueda de la saciedad del deseo, con la suprema probabilidad de que –al igual que el comienzo de su propia existencia– él también hará que otra existencia aflore, mientras la suya propia se desvanece.

Al contemplar así el balance que existe entre la muerte y la procreación, puede comprenderse que esta última siempre termina liberando de la primera, precisamente a que permite mantener un perfecto equilibrio y garantiza la continuidad de la voluntad de vivir para el individuo incluso fuera de sí mismo, por lo tanto, después de su muerte (Schopenhauer, 2009, p. 390). En la actualidad, se cuenta con una vasta oferta de métodos anticonceptivos: si se tienen los medios necesarios se puede evitar por completo la procreación, lo cual conduce al pensamiento de que quizás el deseo de existir del individuo actual no es tan grande o no se presenta de la misma manera que como lo presenta Schopenhauer. Por lo cual puede entenderse el hecho de tener descendencia en la actualidad como uno de los puntos más visibles del egoísmo, pues aun teniendo todo el conocimiento de nuestra realidad –respecto a cómo

pareciera que la decadencia del ecosistema va aumentando– la humanidad se empeña en seguir afirmando su voluntad y se empeña en seguir teniendo hijos.

En consecuencia, puede verse en el día a día que se encuentra ya una gran variedad de fuentes de dolor y en diferentes medidas. Desde la molestia más pequeña al dolor más insoportable, el individuo se encuentra de vez en cuando con los dolores físicos: de niños, las primeras experiencias que se tienen con el dolor son golpes, ya sea por los a veces torpes movimientos propios de la infancia, por estar jugando, intentando saciar la curiosidad, o –lamentablemente– de la mano de los mismos tutores en ciertos y trágicos casos. Esta temprana relación con el dolor, sin embargo, también sirve de aprendizaje, como al aprender a tomar una rosa sin tocar las espinas, o a no descansar los dedos en los marcos de las puertas, a actuar con cierta cautela y resguardo para evitar nuevos accidentes, o un largo etcétera de circunstancias en las cuales el dolor sirve como método de aprendizaje y vinculación con el mundo en el que se encuentra el individuo sufriente.

Cabe recalcar que, tanto el dolor como el sufrimiento no encierran en sí solamente ámbitos negativos, pues también se constituyen como experiencias que llegan a ser necesarias para el correcto fluir de la vida: por ejemplo, en la simple experiencia de la enfermedad que azota a todos por igual (al tratarse de una constante inesquivable). Las enfermedades constituyen *irritaciones* del cuerpo, e incluso se suele decir desde el sentido común que la noción de la existencia física del cuerpo se desdibuja desde el malestar del dolor o la enfermedad. Y es ese mismo dolor el que lleva a querer visitar a alguien que pueda curar el malestar, en nuestro caso, los doctores, quienes gracias a sus conocimientos nos podrán dar una solución, sea el alivio total del dolor mediante un tratamiento, u otras situaciones más drásticas.

Si no sintiéramos dolor –esa *irritación* del cuerpo– y actuáramos acorde a ello, es probable que esta desconsideración del padecimiento sería un paso certero hacia la muerte. Esto lleva a considerar los casos de las personas con CIPA[2], el cual "es un trastorno autosómico recesivo caracterizado por episodios recurrentes de fiebre inexplicable, anhidrosis (ausencia de sudoración) y ausencia de reacción a estímulos nocivos, comportamiento automutilante y retraso mental"[3] (Indo et al., 1996, p. 485). Las personas que se ven afectadas por esta enfermedad, por ejemplo, no sienten que se están quemando al tocar el fuego, o algo al rojo vivo, lo cual lleva a que terminen con quemaduras de tercer grado, no sienten cuando se clavan

[2] Congenital Insensitivity of Pain with Anhidrosis (Insensibilidad congénita del dolor con Anhidrosis).
[3] Traducción personal de: "is an autosomal-recessive disorder characterized by recurrent episodes of unexplained fever, anhidrosis (absence of sweating) and absence of reaction to noxious stimuli, self-mutilating behaviour and mental retardation"

una astilla en el pie, lo que causa que este se infecte y, un problema tal como la intrusión de un cuerpo extraño e inerte en la piel viva se vuelva algo aún más tedioso de lo que es. Ahora bien, uno podría decir que no hay ningún problema, después de todo no sienten el dolor mientras se curan, ni todo el dolor que conlleva una quemadura de tercer grado, pero el cuerpo sigue siendo dañado, se puede ver, como no se puede mantener el cuerpo propio, el cual es, por cierto, lo único en donde la voluntad se entiende como existente. Después de todo, no es gente que no desee la vida necesariamente, simplemente tienen aún más problemas para mantenerla.

Así el dolor parece ser una fuente positiva en el mantenimiento del cuerpo, y no debería verse como algo puramente malo. Por otro lado, encontramos que el dolor también nos sirve para definir en nosotros mismos lo que Schopenhauer llamaría "temperamento", lo que sería algo así como el ánimo o la personalidad. Y es que no pasa inadvertido todo lo que le ocurre al individuo, a cada instante se están imprimiendo en él los múltiples estímulos y sensaciones que lo atiborran en el día a día, el malestar de estómago que tuvo en la mañana se vio seguido por el frío que hacía cuando salió, y luego sintió el dolor en su pie por alguien que lo pisó y no se dio cuenta. Todas estas experiencias, y todas las demás que se escapan a este análisis, no llegan y se van simplemente, sino que llegan y son sentidas y entendidas por el sujeto, luego la decisión de si importará o no va en cada uno. Pero lo sentido, lo vivido y lo sufrido quedan en cada cual en un nivel existencial, y nos definen en cuanto personas para enfrentar el mañana, pues pareciera ser que "los grandes sufrimientos nos hacen totalmente insensibles a todos los más pequeños y, a la inversa, en ausencia de grandes sufrimientos hasta las más nimias incomodidades nos atormentan y disgustan" (Schopenhauer, 2009, p. 374), como si el sufrimiento nos adormeciera la misma capacidad de sufrir, o como si fuera una especie de entrenamiento en donde el que más sufre es el mejor preparado para enfrentarse a la vida.

Como vimos recientemente el dolor parece ser útil en gran medida para saber cuándo algo anda mal con el propio cuerpo. Ahora se encuentra otra cualidad del sufrimiento, la de formar al individuo como es. Se refiere pues a que todos tienen un "temperamento" o personalidad que es propio de cada uno, y que, en la base de la formación de esta personalidad, encontramos todas nuestras experiencias significativas, y por sobre todo las experiencias negativas. Está a la mano de todo el saber que una mala experiencia, enseña mucho más que una experiencia agradable o divertida, de las que normalmente salen anécdotas, mas no enseñanzas. Durante su vida, el individuo se encuentra siempre entre la espada y la pared, su vida es esencialmente sufrimiento, y no es imposible escapar de este, según Schopenhauer (2009) "toda vida humana es lanzada de acá para allá entre el dolor y el aburrimiento" (p. 373)

como el movimiento de un péndulo que nunca deja de oscilar. Así, el sujeto se encuentra o bien en la búsqueda incesante de sus propios deseos y quereres, o bien se encuentra hastiado y aburrido de la vida al lograr cumplir sus deseos y objetivos. No hay escapatoria, pues el aburrimiento es solamente otro de los tipos de sufrimiento, quizá hasta peor que el propio sufrir, pues qué se puede hacer si los deseos se esfuman, si ya se ha logrado todo, y el individuo se encuentra ante la inmensidad del mundo, sin nada que le motive a seguir hacia adelante más que el mero miedo a la muerte.

En el día a día cada cual se encierra en su vida, se tiene amigos, se puede tener pareja, o familiares muy cercanos, y, sin embargo, resulta imposible pasar un día sin pensar en la propia existencia. Tenemos un punto subjetivo de las cosas, y al final las supeditaremos a nuestra propia existencia, en tanto sirven, buscamos constantemente formas de evitar el sufrimiento, de distraernos, de esquivar –de una u otra forma– el dolor que conlleva la vida, pero no somos capaces de hacer eso, y si lo logramos y nos saciamos hasta que nos dé la gana, nos encontraremos con el terrible aburrimiento.

Es este mismo aburrimiento el que según el autor lleva a los individuos a juntarse entre ellos, idea que se presenta tanto en el dilema de los puercoespines[4] como en *El mundo como voluntad y representación* al señalar que "el aburrimiento (...) hace que seres que se aman tan poco como los hombres se busquen unos a otros" (Schopenhauer, 2009, p. 371), ya no solo buscando cumplir los deseos de supervivencia del cuerpo físico, sino también el de llenar un *mundo interior* que todos poseen y todos son conscientes de que lo tienen. Es curioso cómo el juntarse a convivir no generaría otra cosa más que daño, al estar rozando tantas voluntades diferentes. A fin de cuentas, los sujetos siempre se terminan juntando, y los casos de ermitaños son los menos, como si el quedar aislado de los demás fuera ya en sí un sufrimiento. Así lo recalca el autor señalando que en las cárceles de Filadelfia "a través del aislamiento y la inactividad, hace del simple aburrimiento un instrumento de castigo: y es tan temible que ya ha llevado a los condenados al suicidio" (Schopenhauer, 2009, p. 371). Cabría preguntarse si es necesario el sufrimiento para el goce de la vida, pues queda claro que el aburrimiento, si no es más terrible que el sufrimiento mismo, se encuentra cerca de alcanzarlo en cuanto a lo poco deseable.

Debido a esto Schopenhauer hará un análisis positivo del sufrimiento, es decir, que no es el sufrimiento el que se presenta solo cuando no se es feliz. Sino que este –al ser la esencia

[4] La parábola se encuentra en § 396 de los *Parerga y Paralipómena II*, en la página 665 de la traducción de Pilar López de Santa María (Trotta, 2009).

de la vida– sería primario a la felicidad, y sería esta última, la que se presenta de manera negativa cuando hemos satisfecho uno de nuestros deseos. El cual se desvanece casi tan rápido como vino apenas otro deseo ocupa el lugar del deseo anterior, pues "solamente la carencia, es decir, el dolor, nos es siempre inmediatamente dado" (Schopenhauer, 2009, p. 378). Mientras que la felicidad queda como el aspecto negativo de esta, como lo que se presenta en los breves momentos en los que el sufrimiento desaparece. Así, la felicidad aparece como esta breve ilusión, pero el individuo no se contenta con esos breves momentos de felicidad, siempre se está en constante búsqueda de más y más, además se necesita asegurar su propio bienestar y en esas búsquedas cada cual se llena de aún más sufrimiento y desesperación en el deseo por seguir viviendo. ¿No sería mejor dejar de preocuparse por él?, ¿dejar de preocuparse por el bienestar de la propia vida?, y de esta manera, entendiendo que el dolor es inevitable se haga lo que se haga, se entraría en un estado de "impasibilidad estoica". Sin embargo, parece que en esto no se encuentra la solución al problema del sufrimiento pues como el mismo autor señala: "un dominio tan poderoso de la razón sobre el sufrimiento inmediatamente sentido se encuentra raramente o nunca" (Schopenhauer, 2009, p. 373). Por lo tanto, si no se tiene este dominio de la razón, la impasibilidad estoica no es la forma de evitar el sufrimiento, y debe ser buscada otra alternativa: la negación de la voluntad de vivir que se revisará más adelante.

Los momentos agradables si bien son deseados por todos, o una gran mayoría son realmente los menos. Es corta la duración de la felicidad al conseguir un objetivo, o al encontrarse con un amigo de años en la calle, la felicidad se empieza a desvanecer inmediatamente en cuanto nos despedimos de él, y de hecho no es extraño ver pasar la cara de una persona de una sonrisa, a una de total seriedad cuando se alejan de su círculo de amigos, y esto sucede en menos de un segundo. Como si inmediatamente luego de haber disfrutado de su compañía nos volviéramos a sumir en la miseria que plantea la propia vida, como si solo al compartir la vida con otro es cuando realmente podemos disfrutarla. Sin embargo, esto se contradeciría con la concepción que tiene el autor de los otros, como se explica en el dilema de los puercoespines, a saber, que, tal como los puercoespines en invierno se juntan buscando el calor de la masa, pero solo hasta cierta "distancia mediana" (Schopenhauer, 2009, p. 665) que les permitiría calentarse los unos a los otros, sin a la vez sufrir mucho por clavarse las espinas entre ellos mismos. Lo cual se condice con lo que agrega el autor: "la necesidad de compañía, nacida del vacío y la monotonía del propio interior, impulsa a los hombres a unirse; pero sus muchas cualidades repugnantes y defectos insoportables les vuelven a apartar unos de otros" (Schopenhauer, 2009, p. 665), siendo siempre el otro lo que aparte de los deseos incumplidos,

provoca sufrimiento. El estar con otro resulta para Schopenhauer algo tedioso y una de las fuentes de sufrimiento. En casos extremos de personas malvadas, puede ser que nos pongan en una situación en la que esté en riesgo nuestra vida e integridad, de igual manera nosotros también somos fuentes de sufrimiento para los demás, lo que nos causaría aún más dolor y sufrimiento. Por ende, según el autor "el que posea mucho calor interior propio hará mejor en mantenerse lejos de la sociedad para no causar ni sufrir ninguna molestia" (Schopenhauer, 2009, p. 665). Sin embargo, esta forma de afrontar la vida por parte de aquel que tenga calor suficiente para sí mismo, estando en tanta ventaja en comparación con el resto no puede ser sino una forma de egoísmo[5] y una muestra de cobardía, pues el temor de herir a los otros y ser herido, priva a los demás de su fuego, en vez de compartirlo, quizá iluminando a alguien en peor estado que él. Por eso es loable la labor de los artistas, que gracias a sus dotes son capaces de mostrarnos un poco de la verdadera belleza de la adecuada objetivación de la *cosa en sí*.

[5] El egoísmo desde el punto de vista de Schopenhauer es inevitable, dado que cada individuo corresponde a objetivaciones particulares de la voluntad, y solo por ello hace sentido la propia existencia, el cuidarla y preservarla, se hace a través del pensamiento egoísta de mantener la vida propia.

I.2: La ausencia del sufrimiento en la contemplación estética

El análisis schopenhaueriano de la *cosa en sí* no ocurre injustificadamente, ni puede ser llevado a cabo por cualquier individuo, es necesario que exista en el hombre una capacidad de conocimiento especial no subordinado al principio de razón. De esta manera Schopenhauer explica que para pasar del conocimiento normal de las cosas individuales al de las ideas se debe dar "una transformación correspondiente y análoga al gran cambio que se da en la naturaleza del objeto" (Schopenhauer, 2009, p. 230) y dicha transformación es por la cual el individuo normal se convierte en puro sujeto de conocimiento. No es que el individuo normal no conozca, conoce mucho de hecho respecto a las cosas que le rodean, las fuerzas que rigen el universo, y sus propias sensibilidades y pretensiones. Sin embargo, este conocimiento no es por así decirlo un conocimiento *real*, el conocimiento de esta clase de cosas "sigue el principio de razón (…) [permaneciendo] en una relación más o menos cercana con la voluntad" (Schopenhauer, 2009, p. 231), por la cual en primer lugar conocemos todas las cosas del mundo, siendo un conocimiento acerca de las conexiones que las cosas tienen entre sí. Solo cuando el sujeto cognoscente abandona tanto el conocimiento abstracto, como el conocimiento guiado por el principio de razón, se entrega "a la intuición todo el poder de su espíritu, se sumerge totalmente en ella y llena toda su conciencia con la tranquila contemplación del objeto natural que en ese momento se presenta" (Schopenhauer, 2009, p. 232).

Este conocimiento *normal* del sujeto, que no es de la *cosa en sí*, está unido a la voluntad en el sentido de que conoce mediado por esta y así se encarga de revisar las conexiones de las demás cosas del mundo con la voluntad. De esta manera "se ocupará de sus múltiples relaciones en el espacio, el tiempo y la causalidad. Pues sólo en virtud de ellas el objeto le resulta al individuo *interesante*" (Schopenhauer, 2009, p. 231). En efecto, sólo en virtud de nuestra vida nos dedicamos a conocer lo demás, siempre ante poniéndonos al mundo como agente perceptivo, si no hubiera individuo tampoco habría nada que conocer, y por esto mismo este tipo de conocimiento es relativo a la experiencia y existencia del individuo. En cambio, el conocimiento de la *cosa en sí* es absoluto, dejamos de ver las cosas en valor de sus conexiones con nuestra voluntad y nos volcamos a un nuevo tipo de conocimiento intuitivo que se centraría en percibir las cosas por sí mismas (ideas), sin *ensuciarlas* de las demás, percibirlas por sí mismas y para sí mismas, ya no en relación con una manifestación puntual de la voluntad que todo lo abarca.

El paso de un tipo de conocimiento al otro queda marcado por una operación puramente personal e interna, que se ve reflejada en la forma de percibir el mundo, donde el puro sujeto de conocimiento es un "claro espejo del objeto, de modo que es como si solo existiera el objeto sin nadie que lo percibiera y no se puede ya separar al que intuye de la intuición sino que ambos se han hecho una misma cosa" (Schopenhauer, 2009, p. 233). Así, el objeto es conocido como es en verdad, bajo su verdadera forma, liberada del principio de razón, en otras palabras: la *idea*[6].

Mediante este conocimiento de las *ideas* es que el *genio*[7] puede producir obras de arte, que no son otra cosa que la reproducción de dichas ideas captadas en la pura contemplación intuitiva. De esta forma el genio es capaz de plasmar las ideas en los diferentes tipos de obras de arte, ya sean esculturas, piezas musicales, poemas, entre otras. La obra de arte encuentra su origen en el conocimiento de las ideas, en contraste con las ciencias naturales que tienen su justificación en la causalidad, por lo que el conocimiento que de estas últimas se desprende siempre remite a otra conexión entre los objetos, nunca dejando conocer la *cosa en sí*; mientras que por otro lado, la obra de arte alcanza siempre su fin, es decir, contiene a la idea de la cosa dentro de sí, y la mantiene ahí separada del mundo, y fuera de las relaciones de causalidad (Schopenhauer, 2009, p. 239).

Así pues, el genio aparece como un salvador de la humanidad, llevando a aquellos que no poseen la misma capacidad de contemplación que él al conocimiento claro de las ideas a través de la obra de arte. La esencia del *genio* está casi completamente gobernada por esta capacidad de contemplación, mediante la cual es capaz de captar las ideas eternas, por lo tanto "la genialidad es la capacidad de comportarse de forma puramente intuitiva, perderse en la intuición y sustraer el conocimiento" (Schopenhauer, 2009, p. 240). Asimismo, para el conocimiento de las ideas es necesario que el *genio* tenga un conocimiento muy elevado, lo que implica que su sufrimiento sea muy elevado, ya que mientras más claro y preciso se hace su conocimiento, tanto más aumentará su dolor, así "aquel en el que vive el genio es el que más sufre" (Schopenhauer, 2009, p. 367).

[6] Idea es tomada por Schopenhauer en el sentido platónico. Se postula que las cosas se definen por su idea, la cual es una imagen incorruptible del objeto, la correcta y adecuada objetivación de la *cosa en sí.* También se relaciona con lo que Kant definió como nóumeno, solo que este definió estas *cosas en sí* como incomprensibles para el género humano. Para Schopenhauer estas serían conocidas mediante un carácter intuitivo de nuestro ser, que identifica su esencia con la voluntad.

[7] El genio es para Schopenhauer un individuo cognoscente que ha pasado repentinamente a ser un sujeto puro de conocimiento, el cual se ha desprendido del principio de razón y es capaz de trascender su individualidad, conociendo la esencia del mundo. El genio –al ser capaz de ver la esencia última del mundo– puede comunicarla en la forma de una expresión artística literaria, musical, teatral, etc.

Otra de las características que hace al *genio* tan importante –en su misión por traernos la idea en la forma de la obra de arte– se presenta en la aparición en su ser de la *fantasía*. La cual permite ampliar aún más el horizonte de su existencia, le permite crear y ver en las cosas no lo que son sino lo que la naturaleza quería que de ellas fueran (Schopenhauer, 2009, p. 241). Por lo que la *fantasía* es una de las necesidades para la *genialidad*, pero antes se ha de decir que la mera presencia de la *fantasía* en un individuo no hace que este sea un genio.

Partiendo de la propia experiencia, cada quien es capaz de imaginar infinitud de cosas, por ejemplo, tres elefantes rosados sobre la punta de un alfiler, y, sin embargo, concebir esta idea no nos vuelve *genios* ni participes de la *genialidad*, simplemente estamos llevando a cabo una de las operaciones más simples y cercanas al ser humano. Desde la niñez se juega con la fantasía, se piensa que se es un héroe invencible, o que el barro es en realidad masa para hornear, puede pensarse en la luna y pasar inmediatamente a creer que el suelo es lava. La fantasía se presenta en la niñez como una forma de juego, y sería muy raro encontrar a un niño que la usara como condición para la genialidad. La verdad es que raramente se sale de este modo de fantasía, y ya de grandes –si bien dejamos de creer que estamos caminando en la luna– normalmente no se es capaz de usar la fantasía si no es para cosas puntuales. A saber, crear cosas que no existen, en nuestra imaginación; o imaginar los futuros posibles de la propia vida en el aquí y ahora, ya que "el hombre vulgar (...), no es capaz de una consideración desinteresada en todos los sentidos, que es lo que constituye la verdadera contemplación, o al menos de forma sostenida" (Schopenhauer, 2009, p. 241), y es por esto que necesitamos de la obra de arte, pues como no se es capaz de mantener por mucho tiempo la contemplación desinteresada, se necesita que sea otro el que atrape esa idea, entregando la contemplación prácticamente en bandeja de plata.

El *genio* es pues como se dijo más arriba, un salvador para el resto. La habilidad mediante la cual puede realizar esta tarea –la *genialidad*– está cercanamente emparentada con la *locura* en un punto esencial, a saber, en que ambas capacidades tienen que ver con la ceguera en torno a las conexiones de las cosas. Dicho de otra forma, tanto el *genio* como el loco poseen un conocimiento fuera de la causalidad, un conocimiento fuera del principio de razón (Schopenhauer, 2009, p. 248). Así, la genialidad –la capacidad mediante la cual es posible volverse uno con el objeto para extraer la idea– está emparentada muy de cerca con lo que llama *locura*. Esta última se produce en el individuo cuando –mediante una falta de memoria y una imaginación prolífera– un sufrimiento deja de aparecer como momentáneo y comienza a ser parte continua del presente, padeciéndolo a diario. Así cuando ese sufrimiento se vuelve

insoportable para la vida, y se muestra siempre como presente, la naturaleza angustiada del individuo se volcará a la *locura* como último recurso para salvar la vida, evitando así la auto-aniquilación (Schopenhauer, 2009, p. 247). En otras palabras, esta constituye un salvavidas que amarra a la vida, cuando su reconocimiento racional ha fallado.

Dejando este breve análisis de la fantasía y la relación que guarda tanto con la *genialidad* como con la *locura*, es pertinente abordar la presencia de la capacidad de genialidad en todos y cada uno de los seres humanos. Esta ha de estar en cada cual –ya sea en mayor o menor medida– porque si no, no se entendería cómo es que los individuos son capaces de contemplar la obra de arte, ni de entender lo bello o lo sublime (Schopenhauer, 2009, p. 249), ni en última instancia la capacidad de encontrar ningún bastión estético en la vida. Resulta necesario que la *genialidad* se encuentre en todos, y aun cuando no todos somos *genios*, si somos capaces de hacer breves expresiones artísticas, mas nunca al nivel de los grandes maestros.

Para Schopenhauer el arte, es algo totalmente diferente de las ciencias, otra cosa además que una τέχνη (*téchne*), en el sentido puramente clásico, por lo tanto, la obra de arte es otra cosa más que el conjunto de técnicas y materiales utilizados. En esta filosofía el arte se encuentra con un saber inmediato, el de la intuición. En virtud de esta última no son necesarias semanas de pensar en la composición de la obra, ni en los colores que se usarán, pues la obra de arte bajo la intuición se presenta como algo más cercano, que nace directamente de la sensibilidad del individuo, alejándose de la obra de arte como un conjunto de reglas y saberes.

En este mismo sentido es que se propone el arte terapia, como una forma de transformar y sanar nuestro sufrimiento proveniente de traumas y problemas mentales. Esta subdisciplina de la psicología busca –mediante la creación de piezas artísticas– el mejoramiento de los diversos traumas y problemas de salud que aquejan a un individuo. De esta manera se "propone un viaje al fondo de nosotros mismos a través de la creación de imágenes plásticas, con la convicción de que en el hacer evocamos el conflicto y al trabajar sobre esa imagen que lo representa, al corregirla, al actuar sobre ella plásticamente, actuamos sobre nosotros mismos modificándonos, transformándonos" (Polo, 2000, p. 313). Así, se encontraría no sólo la idea encapsulada dentro de la obra de arte, sino que el propio ser de cada cual, en una actividad liberadora como lo es la contemplación estética.

Bastante se ha hablado de la obra de arte, de sus orígenes, y su esencia. Pasa a ser lo importante ahora, cómo y en qué sentido el sufrimiento se suprime durante la contemplación estética de la obra de arte. Bien se decía en el primer apartado que el sufrimiento nace de

nuestro querer, queremos las cosas que aún no poseemos, y por eso es que es imposible el hecho de quedar satisfechos. Pues, apenas se atienda la primera necesidad, enseguida aparecerá otra que ocupará su lugar, quedándonos con solo un leve y fugaz sentimiento de satisfacción. Así se gasta la propia vida, sumiendo el conocimiento al servicio de la voluntad, persiguiendo deseos que dejarán de serlo apenas los alcancemos para dar lugar a unos nuevos, cuyo cumplimiento está en camino, terminando en un calvario sin fin, salvados solo por la muerte.

Es al abrir este conocimiento y dejar de sumirlo a la voluntad que podemos finalmente escapar del sufrimiento de la vida, cuando comenzamos a captar las cosas mediante lo que verdaderamente son, en vez de su forma engañosa dispuesta para nosotros en el fenómeno. Solo cuando contemplamos de manera objetiva las cosas y dejamos de ser guiados por la subjetividad que conlleva nuestra voluntad es cuando "aparece de un golpe por sí mismo el sosiego que siempre se buscaba por aquel camino del querer pero siempre se escapaba, y nos sentimos completamente bien" (Schopenhauer, 2009, p. 251). Entonces todo el sufrimiento aparece como una ilusión y como fruto de la irracionalidad con la que nos dedicamos a vivir, la paz o la felicidad aparecen entonces como frutos de la desconexión con la realidad del fenómeno. La felicidad en realidad radica en que se mire la vida no como un continuo querer, sino como un continuo conocer, pues solo cuando conocemos las verdaderas formas de las cosas, es que se nos abre el camino a la felicidad, en medio de la oscuridad de la vida, y siendo conscientes de que la supuesta luz de la voluntad es el origen del sufrimiento.

El placer estético, que se encuentra en la contemplación desinteresada de la obra de arte posee tanto una parte subjetiva como una objetiva. La parte subjetiva del placer estético se refiere a todas las acciones que debe realizar el individuo para poder ser sujeto puro de conocimiento, a saber: liberar su conocimiento del servicio de la voluntad –dejar de buscar la explicación en las conexiones de las cosas–, olvidarse de uno mismo como individuo para dejar de pensar todo en términos de individualidad y poder ver el mundo como el producto de una sola cosa, y por último, elevar la consciencia al conocimiento puro del objeto mediante la contemplación estética. Por otro lado, la parte objetiva del placer estético se refiere a "la captación intuitiva de la idea platónica" (Schopenhauer, 2009, p. 253).

Esta captación de la idea podrá ser de dos formas parecidas en ciertos aspectos, pero distintas al final. Aquellas formas por las que el conocimiento de la idea platónica se presenta, es por medio de lo *bello* y lo *sublime*. Por un lado, respecto a lo *bello*, el conocimiento objetivo de la realidad llega sin realizar ningún esfuerzo, ya que la belleza del objeto opera como un sinónimo que representa claramente la idea captada por el autor. En este sentido, la belleza

aleja de la conciencia a la voluntad y al conocimiento ligado al principio de individuación, lo que hace quedar al individuo como un puro sujeto de conocimiento, que logra olvidarse de su voluntad por un momento (Schopenhauer, 2009, p. 256).

Por otro lado, lo *sublime* responde a un tipo de conocimiento puro que "solo se gana tras desprenderse consciente y violentamente de las relaciones del mismo objeto con la voluntad, conocidas como desfavorables, a través de una elección libre y consciente por encima de la voluntad y el conocimiento referente a ella" (Schopenhauer, 2009, p. 256). En otras palabras, el conocimiento de lo bello se nos da como por ósmosis, sin ningún tipo de esfuerzo, el objeto se presenta tal como es a la conciencia, y logra elevarnos sobre la voluntad, mientras que lo sublime responde a una elevación "libre y consciente sobre la voluntad" (Schopenhauer, 2009, p. 263), en donde el objeto que se aparece no es del gusto de la voluntad, sino que es mantenido de forma consciente, siendo una elección libre para alejar al objeto contemplado de las garras del conocimiento al servicio de la voluntad.

Es de esta forma, con la elevación por sobre la voluntad gracias a la labor de nuestra conciencia, que el individuo puede –mientras tanto dure esta– separarse del dolor, olvidarse de todas sus preocupaciones, y sumergirse en el placer estético. Este último puede ser causado por cualquier forma de obras de arte, pues es importante recordar, que lo que se juega en la obra de arte no es su forma, sino su contenido, la idea absoluta del objeto en cuestión, captada y plasmada por la capacidad inigualable del *genio*. Por ello la obra de arte "se constituye en una manera preminente de hacer soportable una existencia cuyo fundamento último es el sufrimiento" (Ávila, 2015, p. 136).

Para terminar esta sección se revisarán brevemente dos obras de arte que representan el sufrimiento en diferentes formas, una de ellas vista por Schopenhauer en el §46 de su obra magna, la estatua de *Laocoonte y sus hijos*. Asimismo, se analizará el *Guernica* de Pablo Picasso. Ambas obras permitirán ver cómo es que el sufrimiento y la desesperación se objetiva en la obra de arte, en dos tipos de arte tan disímiles como son la escultura y la pintura, pues como Schopenhauer señala en los complementos del §36 del segundo volumen: "lo principal en la escultura es la belleza y la gracia: pero en la pintura el predominio lo tienen la expresión, la pasión y el carácter" (Schopenhauer, 2005, p. 468)

Laocoonte y sus hijos, Agesandro, Atanadoro y Polidoro, Rodas, 25 a.C.

He aquí, la escultura que Schopenhauer se dedicó a analizar, pues esta es de importantísimo valor histórico, estético y filosófico. Se aprecia en ella al sacerdote de Poseidón de Troya. Su historia está conectada a la epopeya del caballo de Troya. La historia tiene muchas versiones y la más conocida se encuentra en *La Eneida* de Virgilio. En esta se relata que luego de haber recibido el caballo dentro de la ciudad –a pesar de las quejas de Laocoonte– es oficiado un sacrificio en honor a Poseidón pensando que el caballo es un regalo de los dioses, y así:

> Sacerdote por suerte designado / A honrar al dios del húmedo elemento, / era Laoconte: ante el altar sagrado / Degollábale un toro corpulento. / Subito a la sazón venir a nado / Vemos (de horror estremecerme siento) / De la ínsula vecina procedentes, / por sobre el mar tranquilo dos serpientes.
>
> El pecho entreambas enhestando iguales, / Con encarnada cresta gallardean / Y en ruedas, al andar, descomunales / El largo cuerpo sobre el ponto arquean: / Rotos gimen los líquidos cristales / Por do hienden: abordan ya y campean, / La vista en sangre y rayos encendida: / Todos huimos la color perdida.

> Lamiéndose las bocas sibilantes / Con la vibrante lengua, van derecho / Para Laoconte: mas sus hijos antes, / Tiernos gemelos, en abrazo estrecho / Aferran, y sus miembros palpitantes / Apedazan, devoran. Pecho a pecho / Y meneando la aguzada hoja / Encima el genitor se les arroja.
>
> ¡Vano auxilio! ¡Arduo afán! Ellas le abrazan / Con doble, firme vuelta a la cintura; / Los escamados lomos le relazan / A la garganta, y a mayor altura / Sobrealzando las crestas, amenazan. / Con ambas manos él entre la impura / Ponzoña que las ínfulas le afea, / Por sacudir los ñudos forcejea (Virgilio, 2018, pp. 96-98).

La obra fue revisada por Schopenhauer, haciendo hincapié en que Laocoonte en la estatua no grita, señalando de primera mano que "en él no puede darse el grito por la sola razón de que su representación queda fuera del ámbito de la escultura" (2009, p. 282). Esto quiere decir que dada la naturaleza de la escultura como fija y silenciosa, es imposible hacer una correcta representación del grito en esta. El mármol, al no poseer la capacidad de emitir sonidos –a menos que sea golpeado– hace que el sufrimiento de Laocoonte deba tener otra representación, pues si en él solo se hubiera representado una boca abierta, intentando gritar, pero sin lograrlo, la obra hubiera perdido valor estético, y no comunicaría su verdadera idea al espectador.

Rostros de *Laocoonte y sus hijos* (detalle).

Puede observarse a Laocoonte, con sus músculos totalmente hinchados y en tensión por el esfuerzo que está realizando de luchar contra las serpientes, a sus lados se encuentran sus hijos, quienes tienen un porte más pequeño y una figura menos fornida que la de su padre. Se aprecia en sus acciones pocos signos de lucha, mientras ambos están mirando a su padre, como

suplicando ayuda. Mientras que este mira al cielo con una expresión de lamentación, como si su propio sufrimiento le afectará en menor medida que el que sufren sus hijos (Liarte, 2009, p. 4). Se distingue cómo está a punto de ser mordido por una de las serpientes en su costado, mientras parece que con el brazo que tiene caído intentaba desenroscarla del cuello. Admirando todo el conjunto –al menos en imágenes– no se puede evitar sentir pena por Laocoonte, por su situación y por sus hijos.

Así en los complementos presentes en el segundo volumen de *El mundo como voluntad y representación*, Schopenhauer se vuelve a referir a la obra en cuestión, señalando que el problema del grito "se ha resuelto representando la mordedura de la serpiente no como ya consumada ni como una amenaza, sino como produciéndose justo en ese momento y, por cierto, en el costado: pues de este modo se contrae el abdomen y así resulta imposible gritar" (Schopenhauer, 2005, p. 472). Por lo que la representación termina siendo completísima, pues a pesar de las limitaciones presentes en la naturaleza de la escultura, los autores fueron capaces de representar de la mejor forma el dolor sufrido por Laocoonte. Y no solamente eso, sino capturar de manera perfecta la idea en la obra, y que en ella encuentra "el filósofo amplia materia de hondas reflexiones y el artista un tema inagotable en sus estudios. Y, sin embargo, ambos pueden estar seguros de que esta obra encierra aún más bellezas de las que a primera vista muestra, y que el genio del artista era aún más sublime que su obra" (Liarte, 2009, p. 3).

Guernica, Pablo Picasso, París, 1937.

La primera vez que se ve la obra *Guernica* es imposible centrar la mirada en tan solo un objeto, la obra cuenta con tantos elementos que cada vez que se ve nuevamente se puede encontrar un nuevo detalle que el autor ha introducido en dicha obra. Los elementos que más resaltan a la vista son el foco, el caballo gritando y el toro deformado, pero en la obra se pueden encontrar por lo menos una decena de rostros, que guardan un significado específico. por ejemplo, se ve a una madre llorando a su hijo muerto a la izquierda, a la derecha se ve a alguien pidiendo ayuda frente a las llamas, y por abajo a la izquierda se puede observar a alguien tirado en el piso, presuntamente muerto en el bombardeo. la sobrecarga de imágenes distorsionadas y los colores que el autor eligió para esta obra hacen que se genere un contraste entre las distintas figuras, que parece que lo único que comparten es que están sufriendo.

La obra toma su nombre y hace alusión al bombardeo de Guernica por parte de "la Luftwaffe alemana, el 26 de abril de 1937" (Jara, 2022, párr. 1) durante la guerra civil española en contra del movimiento republicano, y pretende mostrar los horrores del bombardeo. De ahí las múltiples caras de sufrimiento y pánico. Se dice que el bombardeo destruyó el 85,22% de las viviendas y dejó un saldo de 1.654 muertos y 889 heridos, aunque las cifras no parecen muy confiables (Jara, 2022, párr. 8-9).

Volviendo al tema, pareciera que, en sus múltiples elementos, la obra presenta una clara unidad: el sufrimiento. Mostrando rostros desfigurados y en desesperación, sin que estos quiten su belleza a la obra, pues la pintura puede darse estos lujos de presentar formas y caras poco agraciadas (Schopenhauer, 2005, p. 468). El espectador puede fijarse en el toro que supuestamente presenta la españolidad, con una mueca chueca y en señal de molestia. Al lado de él se observa una madre cargando a su hijo muerto, gritando al cielo con pánico. También está la imagen del caballo, cuya expresión resalta en la obra, no solo por la visión del artista de pintarlo en el centro, sino que, por su increíble alarido, que pareciera poder escucharse, y que tan bien quedó retratado en la obra. Así también puede ponerse la atención en el foco que, aunque pareciera representar claramente una bomba, quiere retratar el avance tecnológico, y es quizás por eso que la vela se encuentra en ese lugar, justo por debajo del foco, e iluminada por este. Y es quizás por esta razón que el individuo que sostiene la vela tiene una expresión que pareciera más de preocupación que de dolor, quizás siendo consciente de que la gran luz del progreso humano que ahora muestra la luz de la vela como una mera llamita, es capaz de traer toda la destrucción que un bombardeo conlleva. Pero de nada sirve analizar los elementos que la componen por separado, pues la belleza de la pintura se encuentra en la idea absoluta que

encierra, en la armonía de los diferentes elementos, ya sean formas, colores, y en general la composición de la obra (Schopenhauer, 2005, p. 471).

Tanto en la estatua de *Laocoonte y sus hijos* como en el cuadro de *Guernica*, el autor ha encerrado dentro de la obra una idea clara. Ambas obras son claras representaciones de lo que quieren representar. Por un lado, el dolor y la desesperación de Laoconte al ver a sus hijos asesinados por las serpientes, así como su propio dolor quedan plasmados en la obra en la forma de la mueca que hace, como también en la tensión que se muestra en sus músculos, y la posición en la que se encuentra, luchando fervientemente por intentar librarse del abrazo de las serpientes. Por otro lado, El cuadro de *Guernica* representa perfectamente la idea que nos haceos cuando pensamos en un bombardeo, el dolor en los diferentes rostros, asi como la composición desordenada, nos llevan a sentir la desesperación y la conmoción que pudo haberse vivido en ese momento del bombardeo. Bajo la contemplación desinteresada de estas y otras obras, podemos desapegarnos un momento de nuestra existencia, en ese momento no es nuestro dolor el que está en juego. Vemos a Laoconte luchando con todas sus fuerzas aun cuando no será capaz de librarse de tan enormes serpientes, somos capaces de entender su situación y hacernos una idea de lo que pudo haber sentido el personaje de la Eneida. Mientras que en el cuadro de Picasso la composición desordenada, los diferentes rostros y figuras nos transportan al momento del bombardeo, en el que nuestro sufrimiento no parece nada en comparación con el de los personajes plasmados en la obra.

I.3: La superación del sufrimiento mediante la negación de la voluntad de vivir

Hasta ahora se ha visto los orígenes del sufrimiento, profundizando en la manera en que esta forma una parte esencial de la vida y cómo es que este puede "adormecerse" mediante la contemplación desinteresada de la obra de arte, que nos devuelve al constante sufrir cuando ha terminado la contemplación. Ahora bien, toca revisar la que –según Schopenhauer– sería la única y verdadera salida al dolor esencial de la vida: la negación de la voluntad de vivir.

Ya se revisó anteriormente que la voluntad en su más grande acto de libertad puede elegir afirmarse o negarse como voluntad de vivir. Teniendo en cuenta, que la afirmación de la voluntad de vivir implica llenar nuestra vida de sufrimiento, abrazar nuestros deseos y seguir percibiendo el mundo como fenómeno. En otras palabras, nos encontramos recubiertos por el *velo de Maya*, lo cual provoca que ante el individuo solo aparezca el fenómeno instalado en el *principium individuationis* –en el tiempo y espacio– existiendo en relación con todos los demás objetos que le rodean. En tales circunstancias se percibirá el objeto solo en función de sus relaciones causales, y no en su verdadera esencia, por lo que se acaba por percibir los distintos elementos de la naturaleza, no como una unidad, sino como cosas diferentes, separadas unas de otras (Schopenhauer, 2009, p. 412).

Anteriormente se analizó cómo el hombre se encontraba entre las cosas, pues en una primera instancia, se encuentra solo ante las cosas. Su voluntad –y, por tanto, su propia esencia– no se percibe en otro lugar, ni en otro tiempo que no se en el aquí y ahora. Esto lo lleva a vivir en un constante presente, preocupándose a cada segundo de tener todas sus necesidades cubiertas, y que no vaya a ser que el sufrimiento lo vaya a atacar. Pues a nadie le gusta sufrir, salvo aquellas excepciones en que la gente busca sufrir, lo que cabe explicar desde la psicología. Sin embargo, el sufrimiento no puede evitarse de ninguna manera, pues forma una parte esencial de la existencia del individuo, al ser una objetivación de la voluntad, y así:

> como en el mar furioso que, por todas partes ilimitado, levanta y baja aullando enormes olas, un marino se sienta en su barco confiando en su débil vehículo, igualmente se sienta tranquilo en medio de un mundo lleno de tormentos el hombre aislado, apoyado y confiado en el *principium individuationis* o la forma en que el individuo conoce las cosas en cuanto fenómenos (Schopenhauer, 2009, p. 413).

En el ejemplo dado por Schopenhauer, el individuo, sin darse cuenta de que solo está siendo un instrumento de la misma voluntad, se dedica con uñas y dientes a defender su navío, pues en ello se juega la vida. Así el hombre se dedica a cumplir única y exclusivamente sus deseos –motivos de su voluntad– por los cuales se dedica a ir de aquí para allá, sin ningún rumbo fijo, y vacilando entre su sufrimiento y su aburrimiento. Por otra parte, en ciertos individuos se presenta una voluntad tan fuerte, que no solo la afirman en su propio cuerpo, sino que es tan fuerte que niega la voluntad de los individuos que le rodean (Schopenhauer, 2009, p. 423). Y como a fin de cuentas todos los individuos no son otra cosa que la misma unidad –o sea la voluntad– todo el mal y el tormento propiciado a los otros también constituye el sufrimiento del propio individuo malvado (Schopenhauer, 2009, p. 414). Este último caso no es sino la voluntad que "desconociéndose a sí misma, vuelve contra sí sus armas y al intentar incrementar el bienestar en uno de sus fenómenos provoca el mayor sufrimiento en los demás" (Schopenhauer, 2009, p. 426).

Además, según el mito de la transmigración de las almas –presente en los *Upanishads*[8] comentado por Schopenhauer– se señala que los sufrimientos que se causan a los demás deberán ser pagados en una vida posterior, en este mismo mundo, y en la existencia de un ser sufriente y despreciable para que pague con padecimiento el sufrimiento que en su vida anterior ocasionó, en la forma de un ser de casta más baja a la de hombre (Schopenhauer, 2009, p. 416). Por lo que, una vez levantado el *velo de Maya* y entendido este mito, queda claro que el sufrimiento es en realidad obra del propio individuo contra sí mismo en otra vida. Por lo tanto, el suicidio no es una opción de escape para el sufrimiento de la vida. En consecuencia, la verdadera liberación del sufrimiento en el hombre tiene que ser la salida de ese círculo vicioso, que es la ejecución de nuestros deseos, pues cuando el individuo sigue sus necesidades, irremediablemente terminará dañándose a sí mismo y a los demás. Por lo que, parte de la salvación pasa por levantar el *velo de Maya,* salir del conocimiento sumido al principio de individuación, y –al igual que en la contemplación estética– entrar en un estado de imperturbabilidad, entendiendo que:

[8] Los *Upanishads* representan uno de los textos sagrados para los hinduistas, según los cuales "entre los distintos elementos de lo existente, *prima facie* independientes, hay ciertos vínculos ocultos que la ciencia védica irá desvelando y cartografiando. Se trata, pues, de un arte del descubrimiento de las afinidades que componen la urdimbre del mundo" (Arnau, 2021, p. 19). El mito al que adscribe Schopenhauer se refiere a la reencarnación en la que creen los hinduistas, solo que el autor adscribe al mito sin poner a la voluntad dentro del tiempo, sino en un eterno presente, mientras que el ciclo del cambio de los hinduistas es en el tiempo.

> La muerte se asemeja a la puesta del Sol, el cual solo en apariencia es devorado por la noche, cuando en realidad, siendo él mismo la fuente de toda luz, arde sin descanso y trae nuevos días a nuevos mundos, siempre naciente y siempre poniente. Comienzo y fin afectan solo al individuo a través del tiempo, que es la forma de ese fenómeno para la representación (Schopenhauer, 2009, p. 427).

Pues se ha de comprender que la voluntad no conoce la muerte, sino que –en un continuo nacer y perecer– se objetiva en todo al mismo tiempo. Por tanto, sólo reconociéndose de esta manera en su singularidad –es decir, como una de las muchas objetivaciones que tiene la voluntad– es que tenemos el conocimiento necesario para poder negar la voluntad de vivir, o al menos el conocimiento para intentarlo.

Se ha de definir la negación de la voluntad de vivir como "la resignación total o santidad" (Schopenhauer, 2009, p. 459), y, por lo tanto, el fin de la sumisión a la voluntad. Esto se ve claramente en el ascetismo, en el cual se lleva un estilo de vida austero, renunciando a placeres materiales, quedando solo con lo sumamente necesario. Esta elección es guiada por la mirada objetiva y el conocimiento del sufrimiento universal, el cual una vez asimilado provoca el cambio de actitud en una persona *asceta*. Esta es la primera vía para llegar a la negación de la voluntad de vivir, es decir, mediante el conocimiento del sufrimiento universal por parte del asceta es capaz de entenderlo como parte de la vida misma, por lo que, quien aprenda a vivir como el asceta, solo tendrá que mantenerse en ese camino, si no quiere que su voluntad nuevamente se manifieste en su existencia y lo saque del estado de negación, pues "no hemos de pensar que, tras haber sobrevenido de una vez la negación de la voluntad de vivir gracias a que el conocimiento se ha convertido en aquietador, tal negación no vuelve a flaquear y se puede descansar en ella como en una propiedad adquirida. Antes bien, hay que ganarla siempre de nuevo a través de una continua lucha" (Schopenhauer, 2009, p. 453).

Existe también un segundo camino a la negación de la voluntad de vivir, el cual es el haber sufrido un sufrimiento tan grande, que el solo hecho de sentirlo, adormezca todo el resto de nuestra experiencia. Como se vio en el primer apartado, aquellos que más sufren son los que menos se ven perturbados por los dolores del futuro, de esta manera hay veces en los que el dolor sufrido provocará una resignación (Schopenhauer, 2009, p. 454) en el individuo, llevándolo a tomar una actitud de imperturbabilidad parecida a la del asceta, pero en este caso el dolor no solo es entendido, sino que sentido, y es la experiencia de ese dolor lo que lleva al individuo a dotar a todos los demás de la cualidad de sufriente.

Así, en el fondo de la negación de la voluntad de vivir se encuentra que lo que la hace posible no es otra cosa que la misma esencia de la vida: el sufrimiento. El cual, de una u otra forma prepara para la verdadera liberación en la negación de la voluntad. Así el sufrimiento aparece como fuente de las dos vías para la negación de la voluntad, la vía del asceta que es cuando se conoce el sufrimiento en su esencia, separado del principio de individuación, o bien, la vía del ser sufriente que parece ser la más común para alcanzar el estado de negación, y que se da en el sujeto luego de sufrir un dolor extremo que adormece el ciclo vital, y así:

> Aquel en el que se ha dado la negación de la voluntad de vivir, por muy pobre, falto de alegría y lleno de privaciones que parezca su estado visto desde fuera, está repleto de regocijo interior y verdadera paz celestial. No experimenta el inquieto afán de vida ni la alegría jubilosa condicionada por un violento sufrimiento anterior o posterior, estados estos que constituyen la existencia del hombre lleno de vida; sino que se da en él una paz inquebrantable, una profunda tranquilidad y una alegría interior: un estado que, si se nos pusiera ante la vista o la imaginación, no podríamos mirar sin la mayor nostalgia, ya que enseguida lo reconoceríamos como el único justo, superior a todos los demás y hacia el cual nuestro mejor espíritu nos grita el gran *sapere aude.* Entonces sentimos que todo cumplimiento de nuestros deseos que le arrancamos al mundo se asemeja a la limosna que hoy mantiene al mendigo en vida para que mañana vuelva a pasar hambre; la resignación, en cambio, se parece a la hacienda hereditaria: libera al poseedor para siempre de todos los cuidados (Schopenhauer, 2009, pp. 451-452).

Finalmente, se ha encontrado el sentido del sufrimiento en la vida del individuo, y ahora se ha aclarado que, sin este, su salvación está imposibilitada. El dolor –que antes parecía tan desagradable– es ahora la carta de triunfo para la vida. Sus asimilaciones, ya sea en la forma del dolor conocido o sentido, son las únicas formas de asegurar el aquietamiento de nuestras pasiones, la negación de la voluntad de vivir, y, por último, nuestra liberación del yugo de la voluntad, origen primordial de todos nuestros sufrimientos. Al final "solo queda el conocimiento, la voluntad ha desaparecido" (Schopenhauer, 2009, p. 474).

II.1: La vejez y las demás etapas de la vida

La vejez se presenta como el último acto en la obra que es la vida humana, que irremediablemente es seguido por la muerte. Una época que viene a definirse según lo que el individuo ha hecho y como se ha preparado para esta. En varios casos las enfermedades están a la orden del día, los dolores físicos ya se vuelven crónicos y los ánimos se ven disminuidos en varios aspectos. Todo esto puede ser celebrado o condenado, pero de lo que se puede estar seguro es que con un grado de salud suficiente, es una etapa de preparación, de aprendizaje y de enseñanza.

A lo largo de la historia, la figura de los ancianos ha mutado de forma importante, de ser poseedores de virtud y fuentes de conocimiento y sabiduría, a ser casi desechos humanos en la actualidad, la calidad de vida de los ancianos se ha visto cada vez más menguada. En un mundo donde la importancia de la producción ocupa el primer lugar, aquellos que no tienen fuerzas para producir son desechados, apartados y olvidados. Hoy en día, no es extraño ver ancianos solitarios vagando por las calles, o encontrarlos encerrados en sus hogares llenos de recuerdos de lo que alguna vez fueron y de los que alguna vez estuvieron junto a ellos, o peor aún dejados al destino en un geriátrico, esperando el momento en el que ya no serán un gasto de tiempo y dinero.

La vejez aparece como un pensamiento lejano, algo que al principio de la vida no pasa por la cabeza jamás, pero que cada vez se hace más presente a medida que cada cual se va haciendo mayor. Al igual que la muerte el envejecer es ineludible, con cada día que pasa nos acercamos más y más a esa inevitable etapa, a veces es esa mirada tan corta de la juventud al ver la vejez como algo tan lejano lo que lleva a cometer graves errores que afectarán la vida no en el momento, pero sí en el lapso de unas cuantas décadas. De esta misma forma lo pensó Cicerón al decir que “una juventud desenfrenada y libidinosa entrega a la vejez un cuerpo quebrantado, achacoso o muy apto para sufrir prontos achaques” (Cap. X, 29, 2004, p. 77). En esta misma línea agregaría que era importante prepararse para aquel momento, sobre todo las fuerzas para poder ser autovalente, que es lo más común de ver hoy en día.

La juventud deja a la deriva a la senectud en el juego de sálvese quien pueda, y la senectud se ve obligada a sobrevivir lo poco de vida que les queda. Se podría decir que hoy en día la vejez es vista como un error de cálculo, una fuga de recursos en el sistema perfecto que

se propone. En un mundo donde la manera más eficaz de producir es físicamente, aquellos que son incapaces son dejados a su suerte, y es que la percepción que tenemos del tiempo como se dijo más arriba impide ver más allá del presente y el futuro próximo. Esto lo ilustra Schopenhauer (2006) en su manuscrito acerca *de las edades de la vida*:

> A lo largo de toda nuestra vida solo nos percatamos del presente y de nada más. La diferencia es que al comienzo vemos ante nosotros un largo futuro y hacia el final dejamos tras de nosotros un largo pasado; y también que nuestro temperamento, pero no nuestro carácter, pasa por algunas conocidas transformaciones debido a las cuales el presente adquiere cada vez un color diferente (p. 491).

Los diferentes colores de la vida se presentan sólo durante un momento, no se es capaz de apreciarlos hasta llegado el momento. Con falta de imaginación es fácil perderse en el constante presente, sin ser conscientes de cuánto tiempo ha pasado hasta que es demasiado tarde. No es fácil ver el dolor de los otros cuando ni siquiera se es consciente de lo que conlleva ser anciano, y siendo la intuición una importante herramienta para Schopenhauer, se complica el tener una intuición de algo que ni siquiera se ha podido experimentar y que hasta con la mejor de las imaginaciones cuesta dilucidar con claridad. Por esta razón se vuelve complicado hablar de esta sin entrar en discusiones que claramente son superadas por quien tiene más edad.

El examen que hace Schopenhauer en el escrito es exhaustivo y recalca que esta edad no solo conlleva malestares como uno normalmente creería, ya sea mayor probabilidad de enfermedades, poder padecer accidentes de manera más recurrente y el solo hecho de estar cerca de la muerte. A pesar de todo eso recalca que es una edad que

> contiene menos ambición, pero más tranquilidad que la primera, lo cual se debe en general a que en la juventud se piensa que en el mundo se pueden encontrar una felicidad y un placer prodigiosos (…); mientras que en la vejez se sabe que ahí no hay nada que ganar; y así, completamente tranquilo al respecto, se disfruta un presente soportable e incluso se alegra uno con pequeñeces (Schopenhauer, 2006, p. 495).

La constatación de este hecho parece cierta al menos en la mayoría de los ancianos, en los cuales las pasiones de la juventud se apagan, es una época más contemplativa tanto de lo que pasa como de lo que pasó. Mucha sabiduría debe venir del reconocimiento de los errores en el pasado y del largo camino que se ha recorrido. Al final la vejez es eso, el final del camino de la vida, una preparación para la muerte, un periodo en donde la pasividad de la vida se vuelve

tal que se muere cada día, y como menciona Cicerón "de un modo insensible, imperceptible, va uno envejeciendo, no hay brusca ruptura de la vida, vase extinguiendo con esa diuturnidad, ese quehacer cotidiano" (Cap. XI, 38, 2004, p. 85). Es así como al llegar al momento de la muerte, el sujeto se encuentra ya familiarizado con esta y no se nos presenta como algo que deba temerse, sino que como un merecido descanso de tan largo camino.

El mismo Cicerón señala en su escrito que ninguna vida es perdida y que cada una de ella cuenta con un tiempo definido dentro. En esta misma línea "es deseable que el hombre se extinga en el momento oportuno, porque la naturaleza de todas las cosas como la misma vida tiene su término natural" (Cap. XIII, 85, 2004, p. 133). De este modo busca recalcar la naturaleza efímera del hombre y el *memento mori.*

La capacidad de pensarse a sí mismo en la muerte es algo que no es fácil de imaginar, ya se ha dicho que cuando se es joven la vida aparece sin muchos problemas, inclusive se le trata de proteger al individuo de aquellos inconvenientes a temprana edad y hasta ya entrada la niñez este no se dedica mucho a pensar el mundo, sino a percibirlo y vivirlo. Pero dicha actividad siempre va acompañada de una protección de los demás miembros de la sociedad, ya sean padres, abuelos, hermanos, tíos, etc., pero siempre hay alguien de mayor edad a quien se pudiera responsabilizar si es que algo malo llegase a suceder. Pues esta misma falta de experiencia en el mundo, y por lo tanto falta de experiencia con sí mismo lo que podría llevar a los distintos dramas de la niñez, como pueden ser el egoísmo presente en los niños o la falta de empatía que de ahí se deriva, características que con el tiempo se logra sortear de mejor o peor manera, al entender que se encuentra rodeados de sus iguales.

Al expresarse sobre la niñez Schopenhauer la llamó la edad de la poesía, se refiere a ella diciendo que "la vida, en toda su significación, se presenta ante nosotros aún tan nueva, tan fresca, sin que sus impresiones se hayan embotado por la repetición" (2006, p. 492). De este hecho se podría deducir que, en tempranas edades de la vida, al estar tan ocupados con las cosas nuevas que se van presentando, el individuo no se percata de los problemas que a futuro parecerán importantes. La vida de un niño se desarrolla en la observación y el aprendizaje del mundo que le rodea. Dicha actividad podría ser lo que aparta a los niños en su mayoría de estar despreocupados de los demás, en una especie de egoísmo involuntario. Sin embargo, se trata de un asombro por las nuevas experiencias que aún no se han vuelto repetitivas. Por esto el niño podría alejarse del aburrimiento que, como se vio en el primer capítulo, es una importante fuente del sufrimiento humano. Volviendo a la idea planteada por la cita, Schopenhauer (2006)

termina diciendo que “en medio de nuestra actividad infantil, de forma callada y sin una clara intención estamos siempre ocupados en captar en las escenas y acontecimientos individuales la esencia de la vida misma y los tipos fundamentales de sus formas y representaciones” (p. 492). Esto quiere decir que en los niños no habría una ignorancia en sus actos, sino que una total comprensión de su entorno, intentando entenderlo en su esencia, y es por esto por lo que Schopenhauer (2006) terminará su pensamiento sobre la niñez comparándola con la vejez:

> Cuanto más jóvenes somos, más representa cada individuo a toda su especie. Esto va decreciendo de año en año: y en ello se basa la gran diferencia de la impresión que sobre nosotros ejercen las cosas en la juventud y en la vejez. De ahí que la experiencia y las relaciones de la niñez y la primera juventud se conviertan después en los tipos y rúbricas fijos de todo conocimiento y experiencia posteriores (p. 492).

Aquello experimentado en la niñez marca permanentemente al individuo, impregnando su carácter para el resto de su vida. Es lógico pensar que dichas marcas o se harán más profundas y partes vitales de la personalidad, así como también que aparecerán nuevas marcas, al menos hasta ya llegada la adultez. También podría llegar a pensarse que –pasando la edad– dichas rúbricas que guían desde la niñez se vuelven cada vez más graves, en el sentido del carácter de cada uno. Y es que normalmente se dice que los viejos “son pesados, inquietos, iracundos y difíciles. Y si buscamos, también avaros; pero estos vicios son propios de varias circunstancias que durante la vida han influido en las costumbres modelando un carácter" (Cicerón, Cap. XVIII, 65, 2004, p. 113). Incluso puede deberse a otras razones tales como el propio aburrimiento de las sensaciones, que le son imposible de experimentarlas como lo hizo en su niñez o siquiera de recordar cómo se sentían ciertas cosas, pues no es ningún secreto que con la llegada de la vejez es necesario que se tomen algunos cuidados. Al respecto, Cicerón señala:

> debe vigilarse el estado de salud. Debe hacerse uso de ejercicios moderados, debe ser la bebida y la comida lo suficiente para reparar fuerzas, nunca de forma que deje la persona sobrecargada. Pero esa atención que nos merece el cuerpo debe prestarse en mayor proporción a la mente y al ánimo, ya que estos, cual la lámpara de aceite necesitan también su constante gota, si no queremos que con la vejez se apaguen (Cap. XI, 36, 2004, p. 83).

Ya se señaló en el primer capítulo cómo el reto de mantener el cuerpo constituye una de las principales, sino la más apremiante necesidad para la vida, en tanto que es en el propio cuerpo donde la voluntad se reconoce a sí misma, al menos en un principio, además de que es el medio

por el cual el sujeto se conecta al mundo. Ya que el cuerpo propio es el medio por el cual cada quien se comunica con el mundo, cabría pensar que es el medio por el cual se reconoce al mundo, y el medio por el cual se es capaz de actuar en este:

> a partir de la jovialidad y energía de un cuerpo sano, [que] el joven vive entregado al mundo. Él también vive en el tiempo, pero de un modo distinto a quien envejece; el tiempo no lo encarcela, sino que por el contrario lo arroja, lo lanza fuera de sí, a un sinfín de posibilidades, al mundo en todos sus vectores (Aurenque, 2021, p. 154).

Una nueva vida tiene muchas más posibilidades que una vieja, tanto en el sentido de posibilidades como en el sentido de la acción. De un cuerpo viejo no se espera mucho. En la sociedad actual a las personas viejas no se les cuestiona si están descansando, incluso es una característica cultural ceder el asiento a personas mayores. Se acepta el hecho de que las personas mayores no hagan grades cosas, basta socialmente con que existan en sus propias realidades las que a veces se ven distorsionadas por enfermedades mentales que, en el peor de los casos, impiden todo grado de autonomía como ser humano. El mismo Cicerón se pronuncia sobre esta situación al señalar que "la vejez es honorable, si sabe defenderse ella misma, si mantiene su derecho, si a nadie se liga y si hasta el último aliento ejerce el dominio sobre los suyos" (Cap. XI, 38, 2004, p. 45). A nadie le gusta sentirse una carga, un cierto grado de autonomía siempre es bienvenido por la mayoría, el poder hacer cosas por uno mismo y con uno mismo es algo de lo que la mayoría de los ancianos carecen.

En términos físicos la jovialidad debe ser ampliamente preferida, al menos en su mayoría, pues no es tampoco raro que haya jóvenes que dependan de otro, sin contar a los niños por supuesto. Se podría discutir ampliamente el hecho de hasta qué punto todos dependen de alguien, sin embargo, se referirá a este tema solo en el estado físico, en cuanto se puede hacer un buen uso del cuerpo para poder cumplir el cometido del día, aquello que lo ocupa, ya que tal como señalaba Aurenque (2021) es una característica del cuerpo joven esta capacidad de arrojarse.

A pesar del desgaste físico la vejez es mucho más calmada en lo que se refiere a las pasiones y a la voluntad. Hasta Cicerón exclamó "¡Oh don nobilismo de la edad, si ella [la vejez] aleja de nosotros lo que es más vicioso en la juventud!" (Cap. XII, 39, 2004, p. 87) pareciendo tener claro que en la edad avanzada el sujeto no se ve atacado por el desenfreno de las pasiones (es mucho más fácil discernir por una especie de naturaleza de la vejez). Tal apaciguamiento se explica por el sosiego de los impulsos del cuerpo que no son más que deseos

de la voluntad de cada uno, que busca saciarse a cualquier costo. Así continua Cicerón citando a Quinto Máximo que "ninguna peste de más funestas consecuencias había sido dada a los hombres por la Naturaleza que el deleite corporal, cuya avidez libidinosa temeraria y desenfrenadamente es incitada al goce" (Cap. XII, 39, 2004, p. 87), dicha peste se ve atenuada o hasta eliminada en la vejez, cosa que según los autores daría como resultado un juicio más certero acerca de los diferentes asuntos en los que se razone, y aunque cabría mencionar el decaimiento de la misma razón en la vejez (al menos en su mayoría), por lo que sería debatible si es que aquel aquietamiento de las pasiones (y el de la voluntad) es algo que siquiera puede llegar a ser aprovechado.

Dicho aquietamiento de la voluntad, o la voluntad disminuida también se encuentra en los niños, lo que es consecuencia "de esa visión puramente objetiva y poética, que es esencial a los años de infancia y está apoyada en el hecho de que la voluntad ha de tardar todavía en aparecer en su plena energía, cuando de niños somos mucho más cognoscentes que volentes" (Schopenhauer, 2006, p. 492). Por lo que la característica ahora discutida ni siquiera es característica de la vejez, y simplemente se encuentra en más de una etapa de la vida. Sin embargo, el mismo Schopenhauer plantea que la mirada del anciano es muy diferente a la del niño. El niño es más cognoscitivo, pero le falta el juicio de una persona que ya le lleva toda una vida por delante, por esto mismo Schopenhauer (2006) relata lo siguiente: "se puede decir que en la infancia la vida se nos presenta como un decorado teatral visto de lejos; en la vejez, como el mismo decorado visto de muy cerca" (p. 494).

La vejez parece adelantar a las demás etapas de la vida, si a sabiduría se refiere, parece que hay una claridad de mente que no se logra en ninguna de las anteriores, una especie de conciencia mayor. Sin embargo, es el mismo Schopenhauer (2006) quien hace crítica a esto señalando que "cuanto mayores nos hacemos, con menos conciencia vivimos. Las cosas pasan rápidamente sin hacer impresión alguna, como no la hace la obra de arte que se ha visto mil veces: se hace lo que se tiene que hacer y después no se sabe si se ha hecho" (p. 500). Por lo que aún queda la duda de si todas las clamadas ventajas de la vejez no son más que un mero engaño para hacer dicha etapa más reconfortante.

La vejez se presenta de forma inevitable en la vida del ser humano, y cabría pensar por esa razón que habría de ser un tema muy importante. Sin embargo, se ve que no es así, que los ancianos son olvidados y apartados del mundo que una vez formaron parte. No obstante, es importante recalcar que nos encontramos ya insertos en un mundo que ha sido construido por

la generación anterior. Siguiendo esa línea uno podría decir, por qué los ancianos de hoy no se preocuparon de lo que vendría, cuando fueron jóvenes. Incluso algunas de las decisiones que se toman hoy en día son decisiones de personas que podrían ser consideradas ancianas, y que sin embargo no benefician a ninguno de los demás. Dicho problema podría ser la consecuencia de la clase de mundo actual, un mundo donde la regla principal es el "sálvese quien pueda", entonces se hace claro por qué nadie hace nada, y por qué siquiera, aunque hubiese ancianos en el poder, la situación actual de estos probablemente no mejoraría.

Emerge nuevamente un problema ya analizado, el egoísmo del ser humano, que lo lleva a percibirse como única representación de la voluntad en el mundo, siendo incapaz de pensarse también en los otros como representaciones de esa misma voluntad. Dicha característica puede ser la raíz de los problemas de la vejez en los tiempos que corren actualmente, es decir, el olvido y la soledad. La enfermedad y la muerte son aparentes problemas de la vejez, pero que sin embargo resulta posible sufrirlos en cualquiera de las edades de la vida, sea cual sea. Nadie nunca está libre de la enfermedad, y de hecho hay ancianos que tienen mejor salud que algunos jóvenes. Asimismo, la muerte a pesar de ser una potencia que se vería mayormente reflejada en la vejez es capaz de ocurrir en cualquier momento de la vida, y con la suficiente mala suerte (o buena suerte) incluso en la niñez.

II.2: La vejez y la muerte

Como se señaló anteriormente, la vejez no es condición necesaria de la muerte, y de hecho esta última puede ocasionarse en cualquier lugar y momento de la vida, tanto en la juventud, como en la esperada vejez. Debido a esto, no debería ser problema en qué momento la vida se extingue, como menciona Cicerón al decir que "un tiempo corto de vida es suficientemente largo para vivir bien y honestamente; y si, al contrario, continuara más adelante, no debe sentirse más que lo que sienten los agricultores cuando por pasar la primavera ha llegado el verano y el otoño" (Cap. XIX, 70, 2004, p. 117). Es decir, no debería ser motivo de lamentación si es que luego de pasar los mejores años, se empieza a tener complicaciones, se debe aceptar cada etapa de la vida con lo que viene, sin reparar en quejas.

Aunque ya se ha visto que con la vejez se vienen un montón de complicaciones, no ha de causar susto esta última etapa de la vida, así la vejez "nos confronta con la mutabilidad del cuerpo, con la vulnerabilidad de la existencia, con el sinsentido de sr sin teleología ni razón aparente y, sobre todo, con la constante aflicción de una nada que se nos avecina" (Aurenque, 2021, p. 159), y de la cual no se puede escapar. Es aquí en la vejez donde se presenta la muerte con mayor claridad, donde es vista como más cercana y real, se siente y sabe que el tiempo que queda es breve, todos los días parecen el mismo y las horas se hacen más cortas pues la vida tiene un ritmo "acelerado como el de una esfera que rueda hacia abajo" (Schopenhauer, 2006, p. 501).

Es el mismo Schopenhauer (2006) quien menciona que es "el período que precede a la aparición de la debilidad y los achaques de la vejez avanzada se le llama «los mejores años»" (p. 501). Como mejores que son es justo que también sean los más deseados, asumiendo que con esta edad Schopenhauer se refiere a los 50 o 60 años, sería justo decir que es bastante tiempo el que debe de pasar en la vida para poder llegar a ese punto, y cabe la pregunta de si es que vale la pena dicha espera por la recompensa de poder disfrutar un par de años a lo más.

El ser viejo arroja contra la muerte, como se podría decir coloquialmente, está a la vuelta de la esquina, pero antes de eso se viene un proceso que para algunos podría ser peor que la misma muerte. El proceso desde que uno es viejo, y sabe que es viejo hasta que da el último respiro es a veces un largo y tortuoso camino, como ya se mencionó se presentan las enfermedades con mayor frecuencia, el cuerpo se debilita y desmorona con cada día. Se podría

decir incluso que jóvenes y ancianos viven el tiempo de forma distinta en virtud de sus pasiones y de su fuerza de voluntad, y así mientras la juventud se asocia generalmente con la alegría y la esperanza, "el aburrimiento, la melancolía y el arrepentimiento son estados afectivos que frecuentemente son relatados por los mayores como estados de ánimos que los gobiernan" (Aurenque, 2021, p. 156). Y de este modo también se encuentra de acuerdo Schopenhauer (2006):

> La alegría y el ánimo de nuestra juventud se basa en parte en que, al marchar monte arriba, no vemos la muerte porque se encuentra al pie del otro lado de la montaña. Mas una vez que hemos alcanzado la cumbre divisamos la muerte, que hasta entonces solo conocíamos de oídas, en su realidad; con ello, y puesto que al mismo tiempo comienza a declinar la fuerza vital, también decrecen los ánimos, de modo que la desbordante alegría de la juventud queda desbancada por una lúgubre seriedad que se expresa también en el rostro (p. 497).

El cambio de perspectiva parece evidente, los años de vitalidad ayudan a subir aquella montaña de la vida, divirtiéndose en ella, escalándola se pasa más de la mitad de la vida. Neciamente se espera encontrar una sorpresa en la cumbre, una especie de premio por la tarea realizada. Sin embargo, lo único que se ve es el inevitable fin al que se cae como si se fuera arrojado a un precipicio. La caída a la vejez se produce de forma abrupta, la vida se va extinguiendo y su espectáculo se prepara para el fin.

Los últimos años de la mayoría son tranquilos y sin mucho que hacer, el anciano se dedica a descansar y puede dedicar su tiempo libre a lo que más le plazca, pero normalmente aquellas horas se dedican al descanso, a dormir la siesta y matar el tiempo con alguna actividad que no requiera mucha energía, pues las fuerzas ya son menores. Entre estas posibles actividades Cicerón destacaba el cuidar de un campo (o una casa de campo) pues "nada puede haber más rico en su utilidad ni más bello en ornamentación que un campo bien cultivado; y para el goce de este, la ancianidad, no solo constituye un obstáculo, sino más bien es una buena predisposición que invita y en ello se recrea" (Cap. XVI, 57, 2004, p. 105). La vida en el campo parece más tranquila y quizá es por esta razón que una gran mayoría de ancianos eligen vivir en el campo o al menos lo expresen con tantas ganas. Las ciudades deben ser una pesadilla para la ancianidad, la aceleración de la vida, los múltiples estímulos constantes, parece todo ahuyentar a los ancianos a lugares más recatados, que permitan una fluidez de la mente, en fin,

un lugar donde poder descansar de verdad, donde no haya apuro alguno y el viejo pueda disfrutar de los placeres de la ancianidad de una forma tranquila.

Sin embargo, tomando en cuenta lo que dice Schopenhauer (2006), según lo cual cuanto más viejos se hace el individuo, más rápido se pasa el tiempo, cabría preguntar si es que a la ancianidad le importa verse rodeada de tantos estímulos. Así ya "en la edad adulta el aburrimiento desaparece cada vez más: para los ancianos el tiempo es siempre demasiado breve y los días pasan como un rayo" (Schopenhauer, 2006, p. 501), por lo que no hay momento para preocuparse por nimiedades, todo lo que preocupa en la vejez es de suma importancia, y al hacerse más cortos los días se simplifica la forma de la vida y:

> En virtud de esa aceleración del curso del tiempo, en la edad avanzada el aburrimiento desaparece en la mayoría de los casos; y dado que, por otra parte, también han enmudecido las pasiones con su tormento, la carga de la vida es, tomada en su conjunto, realmente menor que en la juventud, siempre y cuando se haya conservado la salud (Schopenhauer, 2006, p. 501).

Según estas palabras de Schopenhauer se puede decir que comprende al revés lo que se entiende cuando se habla de la juventud, señalando que el tiempo se pasa muy lento, y de la ancianidad diciendo que el tiempo casi ni se percibiría. La aceleración de los años mayores deja en evidencia el mejoramiento de la calidad de vida de la persona mayor. El aburrimiento ya no se hace tan patente y aparece como un pormenor en la vida del anciano, que pronto se entretendrá con un pensamiento nuevo, o una de las limitadas actividades que le permitan su cuerpo. Esta aceleración también va acompañada de un aquietamiento de las pasiones. Pues mientras que en la juventud el individuo se ve muchas veces cegado por los deseos de la voluntad implacable, a medida que se hace más viejo, esta se tranquiliza. Debido a esto Schopenhauer (2006) señala que:

> En la vejez se saben prevenir mejor las desgracias; en la juventud, soportarlas. Solo hace falta considerar que todo placer es de naturaleza negativa y el dolor de naturaleza positiva, para comprender que las pasiones no pueden dar la felicidad y que la vejez no ha de lamentar que algunos placeres le estén vedados (p. 504).

A diferencia de la gran mayoría, Schopenhauer parece elegir la vejez a la juventud, en cuanto en esta el sujeto se podría liberar más fácilmente del sufrimiento. Sin duda el aquietamiento de las pasiones es algo que es demasiado glorificado por Schopenhauer, y es que cabe recordar,

que son estas y los impulsos desatados de la voluntad lo que trae el sufrimiento a la vida, y este es mucho peor que cualquier sufrimiento físico que pueda padecer el ser humano.

Anteriormente se señaló que la alegría parecía una característica de la juventud y que a la vejez solo se le atribuían estados de ánimo que se podrían calificar como negativos. Sin embargo, nuevamente Schopenhauer (2006) sorprende con su examen al señalar que:

> Es propia de la juventud una cierta melancolía y tristeza, y de la vejez, una cierta alegría: y la razón no es otra sino que la juventud está aún bajo el dominio y hasta la servidumbre de aquel demonio, que no le concede fácilmente una hora libre y que es al mismo tiempo el autor directo o indirecto de casi todas y cada una de las calamidades que afectan o amenazan al hombre: pero la vejez posee la alegría de quien se ha librado de una cadena largamente soportada y ahora se mueve libre (p. 505).

La ventaja de la vejez sale a la luz, la verdadera libertad no se encuentra allí donde el cuerpo se encuentra libre, sino donde el espíritu lo siente. La extraña libertad que proporciona la vejez no es una de hacer lo que se quiera, sino que una de estar libre de las cargas de la voluntad. Es en esto donde se puede encontrar finalmente un consuelo, para aquella etapa temida por algunos y deseada por aún menos personas.

La vejez se presenta durante toda la vida como una época de debilidad corporal y mental. Lo primero no hace falta rebatirlo, pues se ve a simple vista que los viejos ya no son capaces de varias actividades, e incluso que necesitan ayuda con otras. Sin embargo, durante esta época de la vida es cuando "la experiencia nos ha abierto los ojos sobre el valor de las cosas y el contenido de los placeres, con lo que nos hemos librado poco a poco de las ilusiones, quimeras y prejuicios que antes ocultaban y desfiguraron la libre y pura visión de las cosas" (Schopenhauer, 2006, p. 506). Por lo que se es capaz de librarse finalmente del yugo de la voluntad (al menos en parte) que tantos años hizo del individuo su esclavo, y por la cual este se engañaba constantemente al creer que la felicidad se encontraba en alguno de sus deseos. En la vejez se ve con claridad que aquella prometida felicidad no es más que un mito, que no se encuentra en las cosas del mundo conocido, y que es probable que no se encuentre en ningún lado. Schopenhauer (2006) lo expresa de la siguiente manera:

> El rasgo de carácter fundamental de la vejez avanzada es el desengaño: se han desvanecido las ilusiones que hasta entonces otorgaban su estímulo a la vida y su acicate

> a la actividad; se ha conocido la nihilidad y el vacío de todas las magnificencias del mundo, sobre todo de la pompa, el esplendor y la grandeza aparente (p. 507).

Los desengaños de la vejez son los que en definitiva permiten la tranquilidad de cada uno, la debilidad del cuerpo se traduce también en la debilidad de la voluntad. La preparación para la muerte es algo que se realiza todos los días de manera consciente o inconsciente. Esto último ocurre con mayor fuerza en la vejez, donde se ve que está a la vuelta de la esquina, es inevitable, "el curso de los años ya está determinado, y trazado el único y simple camino de la naturaleza" (Cicerón, Cap. X, 33, 2004, p. 81).

Finalmente, cabría reconocer que es mucho mejor se viejo a ser joven, cosa que parecería contra intuitiva con todo lo que se ha dicho de la vejez, ya que se encuentra en la juventud la mayor fuerza y vitalidad, sin embargo:

> cuando se es viejo solo se tiene la muerte ante sí; pero cuando se es joven se tiene la vida por delante; y se plantea la pregunta de cuál de las dos es más grave y si, tomada en conjunto, la vida no es una cosa que es mejor tener por detrás que por delante (Schopenhauer, 2006, p. 509).

Por lo que se puede concluir que es mucho mejor ser viejo, o llegar a viejo que la engañosa juventud que tanto daño hace, y que es mejor una vida vivida que una por vivir. Ahora cabe preguntarse si es mejor no vivir a vivir una vida entera.

III.1: la muerte personal

La muerte se presenta como el fin del individuo, en ella se refleja el mayor miedo al que se enfrenta todo ser humano. Para ser algo que aparece tan cerca de la naturaleza mortal, la muerte es algo que a menudo no se piensa, y en varios casos se evita el tema como si se tratase de un tabú. En aquellos casos en los que se piensa o habla acerca de la muerte casi siempre se habla desde el punto de vista de lo que vendrá después, desde un punto de vista metafísico. La mayoría de las personas en el mundo son creyentes y/o practicantes de alguna religión, e incluso quienes no pretenden creer en la metafísica tienen una opinión acerca de lo que viene después de la muerte, aun cuando sea solamente la más absoluta oscuridad.

Para Schopenhauer la muerte no representa algo a lo que se deba temer y es de hecho hasta deseable en cierto sentido. Uno de los puntos en que resulta favorable según Schopenhauer (2005) es que "es el conocimiento de la muerte, y con él la consideración del sufrimiento y la necesidad de la vida, lo que proporciona el más fuerte impulso a la reflexión filosófica y a la interpretación metafísica del mundo" (p. 199). Lo que quiere decir que es gracias a la consideración de sí mismo como finito en este mundo –como ser sufriente y necesitado– lo que abre las puertas de la reflexión filosófica, y más importante aún a la reflexión metafísica.

La metafísica es para Schopenhauer "todo presunto conocimiento que va más allá de la posibilidad de la experiencia (…) o, dicho popularmente, sobre aquello que se oculta tras la Naturaleza y la hace posible" (2005, p. 202). Es debido a esto que la mayoría de los sistemas filosóficos y religiosos son inspirados por la idea de una permanencia después de la muerte, sobre todo en las religiones, donde aquel carácter indestructible va ligado directamente a su dios y con ello se justifican dos cosas a la vez, es decir, que su dios existe y que gracias a las cualidades de este es posible una vida eterna (Schopenhauer, 2005, p. 199). La necesidad metafísica queda saldada con la explicación de las religiones, siempre y cuando no se piense mucho en ello, el carácter utilitarista de las religiones sale aquí a la luz, como un sistema de respuestas a preguntas que no son de fácil solución y que son prefabricadas por los sistemas religiosos, así "si la permanencia tras la muerte, acaso porque supone el carácter originario del ser, se demostrara como incompatible con la existencia de los dioses, entonces sacrificarían inmediatamente a estos en aras de la propia inmortalidad y pondrían su celo en el ateísmo" (Schopenhauer, 2005, p. 200), dejando de lado las respuestas de una religión que ya no cumple su función.

Schopenhauer considera que existen dos tipos de sistemas metafísicos, a saber, los filosóficos y los religiosos, ambos se distinguen entre sí en tanto que la filosofía "tiene su acreditación en sí misma y la otra fuera de sí" (2005, p. 202). Esto quiere decir que mientras que el sistema filosófico busca justificarse a sí mismo, es decir, mediante argumentos y ejemplos, la religión se justifica en algo que se encuentra más allá de ella o fuera de ella, o sea en los dioses. A partir de esto se dirá que mientras que la filosofía es un sistema metafísico en sentido estricto, mientras que la religión es en un sentido alegórico, lo que justifica en que estas últimas son normalmente dirigidas al pueblo que no puede captar el sentido estricto de las cosas y por lo tanto debe contentarse por entender las verdades del mundo en un sentido que pueda comprender (Schopenhauer, 2005, p. 204).

Las religiones que siempre son seguidas por tantos como las repudian, tanto desde frentes ateos como entre las mismas religiones se presentan como una solución aceptable al problema metafísico de la muerte. En ellas se encuentran contenidas ciertas verdades de forma alegórica, lo que ayuda de sobremanera a la clase de hombres que "no son capaces de pensar sino solamente de creer y no son receptivos a las razones sino solo a la autoridad" (Schopenhauer, 2005, p. 203). Sin embargo y teniendo en cuenta el enorme poder que guardan dentro de sí, a veces las religiones son usadas como método de control, y en los peores casos son usadas de forma política para justificar guerras y matanzas en nombre de sus dioses. Pero dichos usos de la religión no serían posibles si es que no se tuviera esta misma como verdadera, es decir, que las religiones necesitan justificarse de igual forma al realizar atrocidades que desde otro punto de vista serían totalmente inadmisibles.

Dicho control de la población y de cada individuo en concreto se da gracias a que la religión se suele enseñar desde muy temprana edad. Lo que forma en el individuo una idea fija de aquello que le enseñaron cuando pequeño –la creación del mundo, el mal y el bien y un largo etc.– que se consolida como forma de ver la realidad. Por esta misma razón Schopenhauer señala que la garantía más segura que tiene la religión para su desarrollo y expansión es ser enseñada a los niños, en donde "sus dogmas se encarnan en una especie de segundo intelecto innato, igual que la rama en el árbol injertado" (Schopenhauer, 2005, p. 203).

Las religiones de origen Abrahamico que son cada vez más criticadas encuentran en su seno un componente de dominación y hasta casi autoritario en algunos casos donde la religión es más importante que los derechos humanos. Sin embargo, como se señaló anteriormente estos sistemas contienen una verdad alegórica, la que debe de ser interpretada por los creyentes y es

expandida por los sacerdotes. Los sacerdotes según Schopenhauer (2005) son uno de los grupos que "se ha esforzado en asegurar su sustento sobre aquella necesidad metafísica del hombre y explotarla todo lo posible" (p. 200), haciendo de la necesidad metafísica del hombre, un negocio del que subsisten inocentemente, justificando que la labor que desarrollan es por el bien de la comunidad, negando el beneficio propio.

Asimismo, el carácter alegórico de las religiones presenta en su base un desconocimiento de la realidad como tal, y buscan justificarse mediante formas que raramente se entienden con claridad. Todo ello es aún más raramente explicado por los sacerdotes, encontrando en su justificación "principalmente amenazas de males eternos, y también de males temporales, dirigidas a los incrédulos e incluso a los que simplemente dudan" (Schopenhauer, 2005, p. 203). Con respecto a su carácter alegórico el mismo Schopenhauer (2005) se refiere al respecto señalando que:

> Quizá incluso se podría afirmar que un ingrediente esencial de una religión completa está constituido por un cierto número de contrasentidos totales y de verdaderos absurdos: pues estos son justamente el sello de su naturaleza alegórica y la única forma apropiada de hacer tangible al sentido común y al entendimiento rudo lo que les resultaría inconcebible, a saber: que la religión trata en el fondo de un orden totalmente distinto, el de las cosas en sí, ante el cual desaparecen las leyes a las que este mundo fenoménico se ha de conformar; y que, por lo tanto, no solo los dogmas absurdos sino también los comprensibles son simplemente alegorías y acomodaciones a la capacidad de comprensión humana (2005, p. 205).

Dicho carácter alegórico tendría que ver con la complejidad del tema en cuestión, pero las alegorías religiosas no llenan el conocimiento que se busca por completo. Las alegorías pueden vislumbrar algo, las parábolas dar una enseñanza, sin embargo, sus contenidos siempre se verán truncados por la interpretación que cada uno le dé al asunto. Convendría unificar todo el pensamiento teológico bajo uno solo. Sin embargo, en el pasado esto ya ha llevado a insatisfacción por parte de los practicantes quienes deseaban interpretar su libro sagrado personalmente, y no según lo que un teólogo o algún sacerdote les dijera.

A pesar de todo esto no se podría desmeritar todo lo que hace la religión por el ser humano. Muchas personas encuentran sentido a su vida a través de la religión, e incluso algunos enderezan su vida gracias a esta. En los tiempos actuales el valor de la religión se ve cada vez

más menguado, para terminar, siendo visto como un conjunto de reglas y saberes, como si se tratara de un sistema filosófico más.

Ya se vio que ambos se diferencian en tanto que la filosofía se justifica a ella misma, mientras que la religión busca justificar sus reglas bajo la suposición de la existencia de dios, lo que le daría la justificación que necesita para darse como algo verdadero y real. Así Schopenhauer se refirió a la religión como necesaria y de gran beneficio para las personas que las siguen, pero que sin embargo debía ser desechada a la más mínima señal de que detuviera el progreso de la verdad en el conocimiento humano. En esta misma línea señalaría que el valor de éstas como sistemas metafísicos no es tanto que se justifiquen en algo dentro de sí, si no que dependerá del grado de verdad que oculte tras sus alegorías y con qué tanta claridad se puede ver lo que está oculto tras de esas mismas alegorías (2005, p. 207).

El temor a la muerte se ve marcado principalmente por la afirmación de la voluntad, esa voluntad que lo quiere todo y no sabe por qué lo quiere impulsa a entender la muerte como el punto final del proceso vital. Es debido a que los individuos se encuentran como objetivaciones de la voluntad que se teme que el propio cuerpo desaparezca y se pudra, pues se entiende que ahí en ese cuerpo cada cual ya no estará. Es esto uno de los mayores motores de la filosofía, el entender como dejando de ser un día, impulsa al ser humano a tratar de entender el mundo mientras aún le sea posible. De esta forma y no solo la muerte, sino que también el mal y la maldad "son los que cualifican y elevan el asombro filosófico: no solamente que el mundo exista sino, en mayor medida, que sea tan triste, constituye el *punctum pruriens* [punto de inicio] de la metafísica" (Schopenhauer, 2005, p. 211).

Dichos pensamientos iniciales acerca de las verdades de la vida humana se presentan primero como un golpe y luego como una de las razones de la vida, esenciales para configurar y referirse al mundo. En otras palabras, no se puede señalar que en el mundo no existe el mal, la maldad y la muerte, si es que se presentan como cosas reales y tangibles casi todos los días. Es cuando menos iluso el considerar un mundo donde el mal y la muerte no forman un panorama típico de este, y donde los momentos de felicidad y éxtasis son los menos. Si se lleva una vida guiada por la propia afirmación de la voluntad no es de sorprenderse que la patente muerte asuste tanto. Se encuentra pues que tanto la vejez como la muerte, partes inevitables de una vida ya iniciada "son la sentencia condenatoria de la voluntad de vivir, salida de las manos de la propia naturaleza; en ella se declara que esa voluntad es un ansia que tiene que destruirse a sí misma" (Schopenhauer, 2005, p. 629).

El envejecer es una parte necesaria de la vida, y no necesariamente por ser implicar un decaimiento físico debe de ser tomada como algo negativo. Según la teoría de la voluntad es en la vejez donde esta voluntad aminora sus fuerzas, lo que hace que el sufrimiento vivido también sea menor, aun cuando el desgaste del cuerpo se hace notar. Así en los primeros años de vida la muerte no preocupa y aparece como algo muy lejano, "se puede constatar que se la toma sin drama ni preocupaciones, y de forma directa e intelectualmente casi neutra; pero en edades avanzadas se va formando sobre ella el respeto, la evasión o el silencio" (Jiménez, 2015, p. 93). La voluntad es también más débil pues no ha llegado al punto de maduración sexual en donde la voluntad se vuelve un deseo insuperable y donde alcanza su mayor fuerza. Para dicho examen Jiménez (2015) propone algo más cercano a la física, señalando que:

> desde la concepción, el organismo humano se orienta hacia la madurez sexual, luego de ésta las moléculas que hicieron posible la madurez reproductiva inician un camino de deterioro, el desorden se instala y aumenta, se vincula pues con el concepto físico de entropía que hace referencia a la segunda ley de la termodinámica (p. 91).

El cuerpo envejece constantemente luego de dicha madurez sexual que se experimenta dentro del rango de edad de los 13 a los 20 años. Desde aquel momento el cuerpo se empieza a deteriorar, cada año parece más pesado que el anterior, y sin embargo más corto también. Aquella extraña sensación de que cuando se es menor los años parecen más largos se debe a que, finalmente lo positivo en la vida es el dolor, y es lo que la invade en mayor cantidad en cuanto más se sitúe la atención en el mundo. Por eso el aburrimiento es un gran enemigo para el hombre, pues lo obliga a experimentar el mundo a fijarse en todas las múltiples conexiones que tiene la voluntad consigo misma y cómo esta se despedaza a sí misma. Así mientras se es niño se evita a toda costa el aburrimiento para no sufrir, y cuando se es ya adulto se busca una desconexión del mundo, pues se desarrolla una conciencia de que "nuestra existencia es más feliz cuando menos la percibimos" (Schopenhauer, 2005, p. 630).

La muerte acecha cada segundo de nuestras vidas, incluso en la niñez somos muy susceptibles a morir, lo que explica la acción social de proteger a los niños, quienes en su ignorancia de ciertas cosas podrían terminar muriendo, por esta misma razón "se puede decir que no existe un vínculo natural. Envejecer entonces no mata. Uno muere por accidente, en cualquiera de sus formas fortuitas o tentadas, o por enfermedad, pero no de viejo" (Jiménez, 2015, p. 91). La vejez es solo un catalizador del proceso de morir, razón quizá por la cual es más común ver a ancianos devotos a varias religiones, buscando una respuesta que satisfaga

ese vacío que les carcome todos los días. Aunque podría decirse que no hay una consecuencia lógica de que la muerte atañe solo a la vejez, si se puede decir que es en la vejez donde se sufre más el miedo a morir, o por lo menos se podría definirla como "la ocasión de pensar la propia condición y la meditación saludable que prepara hacia una sabia muerte, mejor dicho, la propia muerte" (Jiménez, 2015, p. 93).

Dicho miedo a la muerte se puede producir tan temprano como lo permita la propia conciencia, en cuanto se atestigua de la muerte de una planta, un animal o una persona, se es capaz de entenderse como igual de mortal que aquello que murió. Así sólo mediante el uso de la razón que lleva a la reflexión es que la voluntad hasta entonces adormecida en el individuo "se asombra de sus propias obras y se pregunta qué es ella misma. Mas su asombro es tanto más grave por cuanto que aquí, por vez primera, se enfrenta conscientemente a la muerte y, junto a la finitud de toda existencia, le acosa también en mayor medida la vanidad de todo esfuerzo" (Schopenhauer, 2005, p. 198). Sin embargo, cabe recalcar que es el mismo Schopenhauer (2005) quien menciona que "el miedo a la muerte es independiente de todo conocimiento: pues el animal lo posee, pese a no conocer la muerte. Todo lo que nace lo trae ya consigo al mundo" (p. 517) pues como explica no es la parte cognoscente ni racional la que nos hace temer a la muerte, sino que es nuestra voluntad ciega que solo se entiende como existente en cada uno de los seres vivientes, ya sean plantas, animales, o el mismo ser humano (Schopenhauer, 2005, p. 520).

El miedo a la muerte nace de la propia afirmación ciega de la voluntad de vivir, un deseo de seguir existiendo aun cuando se es consciente de todos los horrores del mundo. No podría deberse tampoco a causas racionales, así fuera de las explicaciones del mundo físico y lo que podría llamarse racionalidad es que se llega a proponer todos aquellos sistemas filosóficos y religiosos, intentando tener una respuesta satisfactoria que quite el gran miedo que nos ocasiona el pensar no solo en la muerte, sino que en la propia muerte. Es por esta razón que incluso Sócrates definió la filosofía como una preparación para la muerte (θάνατου μελετη), ya que es finalmente el carácter mortal de la existencia lo que lleva a pensar todos estos sistemas (Schopenhauer, 2005, p. 515). Sin la muerte, o mejor dicho sin la conciencia de que se va a morir, todos aquellos esfuerzos por declararse como ser vivo y consciente serían por mero entretenimiento, una forma de evitar el aburrimiento de nuestra vida, pero esto no es así.

El pensarse y saberse como seres finitos impulsa no solo a pensar en lo que hay después de la muerte, sino que, a asegurarse de vivir una buena vida, tal como lo hacía Sócrates, quien, en el momento de ser juzgado por el pueblo de Atenas, prefiere la muerte antes que ser un mal ciudadano o ser exiliado, lo que lo humillaría en vida[9]. Puede ser que el filósofo de la antigüedad, en su gran sabiduría haya preferido la muerte a la vida –o en otras palabras la no existencia a la existencia– en un mundo que trae tanto sufrimiento. El sufrimiento aparece constantemente en la vida, siempre siendo parte del presente y que el mismo Schopenhauer (2005) explica como "una oscura nubecilla que el viento empuja sobre la superficie soleada: delante y detrás de ella todo es luminoso, solamente ella lanza siempre una sombra. Por lo tanto, el presente es siempre insatisfactorio, el futuro, incierto y el pasado, irrecuperable" (p. 628). El mundo aparece como una ilusión en la que nunca se puede llegar a ser feliz, pero si concebir su idea.

La filosofía sin embargo nace de un asombro acerca del mundo, de una fascinación por lo que rodea al sujeto y por cómo se construye el mundo, entre esas cosas que dan forma a la realidad se encuentra la muerte. Acerca del asombro que hace nacer a la filosofía Schopenhauer (2005) explica que aquel asombro que lleva a:

> filosofar nace claramente de la visión del mal y de la maldad del mundo que, aunque se hallaran en la más justa proporción mutua. O incluso aunque fuesen ampliamente superadas por el bien, son sin embargo algo que en absoluto debería ser. Mas, dado que

[9] Al final de su apología Sócrates se refiere a sus acusadores de la siguiente manera: "Pero ni antes creí que era necesario hacer nada innoble por causa del peligro, ni ahora me arrepiento de haberme defendido así, sino que prefiero con mucho morir habiéndome defendido de este modo, a vivir habiéndolo hecho de ese otro modo. En efecto, ni ante la justicia ni en la guerra, ni yo ni ningún otro deben maquinar cómo evitar la muerte a cualquier precio. Pues también en los combates muchas veces es evidente que se evitaría la muerte abandonando las armas y volviéndose a suplicar a los perseguidores. Hay muchos medios, en cada ocasión de peligro, de evitar la muerte, si se tiene la osadía de hacer y decir cualquier cosa. Pero no es difícil, atenienses, evitar la muerte, es mucho más difícil evitar la maldad; en efecto, corre más deprisa que la muerte. Ahora yo, como soy lento y viejo, he sido alcanzado por la más lenta de las dos. En cambio, mis acusadores, como son temibles y ágiles, han sido alcanzados por la más rápida, la maldad- Ahora yo voy a salir de aquí condenado a muerte por vosotros, y éstos, condenados por la verdad, culpables de perversidad e injusticia. Yo me atengo a mi estimación y éstos, a la suya- Quizá era necesario que esto fuera así y creo que está adecuadamente" (Platón, *Apol*, 38e-39b, 1985, pp. 181-182). En dicha cita Sócrates hace alusión de como a sus detractores los ha alcanzado la maldad, la cual es la razón por la cual le acusan injustamente, y además señala que, aunque el salga acusado del tribunal y en camino a su pena de muerte, considera que sus acusadores salen condenados por la verdad, cosa que al parecer considera mucho peor que la muerte física.

> nada puede surgir de la nada, también aquellas han de tener su germen en el origen o esencia del mundo (p. 210).

Dicha esencia es la voluntad lo que lleva a los hombres a actuar de mala manera los unos con los otros en la persecución de su propio bien. Y esta voluntad se encuentra en todas y cada una de sus representaciones, por lo que entre todas se dañan continuamente. Es por esta razón que se podría concebir el mundo "como algo cuya inexistencia no solo sería pensable sino incluso preferible a su existencia" (Schopenhauer, 2005, p. 210). Siendo el mundo un lugar lleno de la voluntad pues es su representación, cada cual se ve envuelto completamente en su juego macabro, los individuos se dedican a pensar en lo que tenían o lo que tuvieron sin nunca estar conformes en su presente. Este último es el más importante de para el sujeto si se tiene en cuenta la potencialidad que se tiene para el futuro y los aprendizajes que se pueden sacar del pasado. De esta forma:

> la enseñanza que en conjunto le da a cada uno la vida consiste en que los objetos de sus deseos engañan continuamente, flaquean y caen, además producen más tormento que alegría, hasta que al final se derrumba incluso el suelo en que todos ellos se asentaban, ya que su vida misma se destruye (Schopenhauer, 2005, p. 629).

El vivir hasta ya entrada la maduración sexual da tiempo suficiente para darse cuenta de estos puntos, ya se ha pasado buena parte de la infancia donde al cumplir las necesidades estas nunca parecen suficientes. Así mismo se ha presentado la muerte de forma clara como el fin de una vida, ya sea por la muerte de un familiar, una mascota o cualquier otra experiencia que haya enseñado la fragilidad de la vida y su aparente magia. Esto quiere decir que es distinto ver algo vivo que algo muerto, como si en ello algo faltara, una esencia vital que acompaña al cuerpo en su existencia y que desaparece al dar el último aliento. Si se tiene en cuenta estos aprendizajes y se es conscientes de que el origen del sufrimiento se encuentra dentro de cada individuo, así como en todas las cosas, cabría preguntarse si es mejor la muerte a la vida, donde aquella esencia vital desaparezca del cuerpo y se pueda finalmente ser libres del yugo de la voluntad. Sobre esto se refiere Schopenhauer (2005) al decir que "si la vida en sí misma fuera un bien apreciable y claramente preferible al no ser, su puerta de salida no tendría que estar guardada por vigilantes tan terribles como la muerte y sus horrores" (p. 633).

Ahora cabe preguntarse si la vida no es un bien por sí mismo ¿por qué razón se sigue viviendo?, ¿por qué razón no terminar la vida de uno mismo en el momento en que se es consciente de todo el mal del mundo? La respuesta a esto se halla en la afirmación de la

voluntad de vivir, ya que aquel apego natural que tiene la mayoría a la vida no tiene una justificación en sí, es irracional, así como la voluntad que sólo encuentra en el cuerpo su existencia, lo que la lleva a desear que este no se destruya, sin darse cuenta de que es ella misma la que se encuentra en todas las cosas que rodean a ese cuerpo. De esta forma "aquel poderoso apego a la vida es, por tanto, irracional y ciego: solo se puede explicar porque todo nuestro ser en sí es ya voluntad de vivir a la que la vida le ha de parecer el supremo bien, por muy amarga, breve e incierta que sea; y también porque aquella voluntad es en sí misma y en origen ciega" (2005, p. 518). Por lo que no tiene razones para seguir viviendo más que no querer que el cuerpo desaparezca.

Así la ciega voluntad que guía en la vida se concentra en distraerse de la existencia en el mundo, dedicándose a disfrutar de cualquier forma que le sea posible, siempre y cuando el cuerpo no quede maltrecho o inservible. No hay dolor más grande para alguien que es esclavo de su voluntad que el quedarse quieto en el mismo lugar, y es por eso que la meditación es una práctica que parece tan difícil de buenas a primeras, pero que con el paso de los días y las semanas el sujeto puede acostumbrarse a dicho estado. La voluntad no encuentra sentido en dejar el cuerpo quieto y no concentrarse en nada, los pensamientos inundan la mente para intentar entretenerla, pero el hecho de no poder mover el cuerpo inunda al individuo con una increíble desesperación. Se podría decir que la peor parte de la meditación es que es una práctica voluntaria. Voluntariamente uno se dispone a sentarse ya sea en una silla o en la clásica posición del loto, para luego concentrarse en la respiración, y por último mediante la concentración en esta pasar a un estado casi de adormecimiento. La práctica de la meditación es una que no es fácil de iniciar pero que es aún más compleja de seguir. No obstante, una vez dominada puede traer interesantes beneficios para la vida.

El aquietamiento del proceso vital en la meditación ciertamente se podría comparar con el de caer dormido, cuando uno se encuentra en ese estado de relajación en el que ya se dispone a descansar, pero donde el más mínimo cambio en el ambiente es capaz de volver a activar a la mayoría. Gran parte de la gente diría que este estado en el que uno está casi dormido es bastante placentero, sin embargo, el tiempo en el que se pasa allí es muy corto, pues enseguida el sujeto se entrega a Morfeo en donde lo que se siente ya es mínimo y se mantienen solo los procesos vitales que son automáticos como la respiración. Por esta misma razón es que pareciera que "el cese total del proceso vital tiene que ser un asombroso alivio para las fuerzas que actúan en él:

quizá esto forme parte de la expresión de dulce satisfacción que hay en el rostro de la mayoría de los muertos" (Schopenhauer, 2005, p. 522).

Es difícil hablar de la muerte en términos de si acaso fuese o no satisfactoria, puesto que tampoco se puede preguntarle a un muerto si es que el otro lado es apetecible, a menos que se utilicen técnicas de comunicación espiritual como el caso de los *médiums*. Sin embargo, dicha práctica también carece de las posibilidades de estudio ya que parece basarse más en el poder espiritual de ciertas personas, o en el peor de los casos de absurdidades y estafas.

Al ser la muerte un asunto que escapa a las consideraciones de investigación usuales es mejor evaluarla con respecto a su contraparte. Examinar cuidadosamente si la vida, que es lo que se conoce, resulta más apetecible que la muerte. Ya se ve que el amor por la vida no viene de otra parte que, desde la afirmación de la voluntad, y, sin embargo, se ve que es también está la fuente de todo el sufrimiento en esta vida. Por lo que aparece una paradoja de la voluntad: al mismo tiempo que pide la vida a gritos, obliga a pasarla en un constante sufrimiento.

El valor objetivo de la vida no parece algo que se pueda definir en términos de bueno o malo, es un proceso que para cada organismo aparece como algo distinto y como un nuevo desafío para la voluntad. Si se tuviera que explicarlo pensando en la inimaginable fuerza que ejerce sobre cada cual la voluntad de vivir, se concluye que al menos es mejor la inexistencia (Schopenhauer, 2005, p. 517). Pues la existencia de la mano de la voluntad y sus designios no es nada agradable y de hecho priva de la tan anhelada felicidad a la que la mayoría de los seres humanos aspira. Así la vida se desarrolla en un constante querer insatisfecho instigado en el individuo por la propia razón de su existencia, por la misma cosa que lo hace querer: la voluntad.

Por esta misma razón es que no se ha de añorar la vida se sobremanera, se ha de verla como lo que tocó experimentar, pues ponerla en términos de buena o mala es una pérdida de tiempo. Mientras la vida les sonríe a algunos, a otros los patea en el piso. No se puede negar que existen vidas que son mucho más terribles que otras, mas habría que ver de qué manera viven aquellas personas desgraciadas, y si es que a sí mismas se consideran desgraciadas o no. Cuando la vida ha sido una continua batalla, ni siquiera es necesario llegar a ser feliz, sino simplemente dejar de ser miserable. Desde este punto de vista, no tiene sentido el pensar que uno es demasiado joven para morir, ya que esta puede presentarse en cualquier momento de la vida, no queda más que resignarse y vivir cada día como si pudiera ser el último de la propia

vida. Porque siempre y en todo momento “la vida individual transcurre en una incesante lucha por la existencia y a cada paso le amenaza la muerte” (Schopenhauer, 2005, p. 639).

III. 2: La muerte en perspectiva

La muerte propia de cada uno provoca un miedo irracional en la conciencia, miedo que incita a querer vivir aun cuando el sufrimiento de la vida sea mayor. De esta misma forma no solo se teme la propia muerte, sino que también se sufre intensamente la muerte de los seres queridos, nos aterra su partida. Sobre todo, si es que han estado presentes constantemente en nuestras vidas, la falta de su ser es algo que preocupa de sobremanera, y en el momento de la inevitable muerte no se puede hacer más que llorarles intensamente, no guiados por el egoísmo de que nunca estarán para nosotros, sino que por compasión de la grandísima desgracia que les ha tocado (Schopenhauer, 2005, p. 517). Si no se es capaz de pensar en la propia muerte, mucho menos se será capaz de entender las constantes muertes que suceden alrededor, y en aquellos casos en donde se pierda a algún ser querido, solo queda el sufrimiento, y el vacío en el lugar que esa persona ocupaba. Los recuerdos que conectaban al sujeto con el fallecido se vuelven más vívidos durante un tiempo, como si este no quisiera morir, y con el tiempo ya se lo recuerda de tiempo en tiempo si es que era muy importante o bien se lo recuerda solo para el día de su fallecimiento, como si de un segundo cumpleaños se tratara.

La muerte no asusta al individuo en cuanto es el fin de la vida, pues si es consciente de que su propia vida tuvo un inicio, deberá también haber pensado que tenía un final. La razón por la que la muerte aparece como algo tan temible y por la razón que nadie la desea es porque representa la destrucción del cuerpo (Schopenhauer, 2005, p. 521). Dicho de otra manera, la muerte asusta tanto porque es solo en el cuerpo en el que se está que se es capaz de conocer y actuar en el mundo, también se ve esto en los otros, donde una persona viva parece una potencia que casi no tiene límites. Los muertos parecen como una carcasa vacía, carente de todo lo que podía señalarse como humano, aquellos solo tienen la forma de humanos, pero no serán capaces de ninguna acción que se podría considerar humana, y de hecho de ninguna acción en específico, más que caer de bruces si los intenta poner de pie. En resumen, la muerte aterra porque parece que con ella todo lo que constituía al individuo desaparece, dejando en cambio un cascarón vacío, inerte y en camino a la descomposición. La muerte parece aterradora, pues representa la destrucción de la objetivación de la voluntad, el cuerpo. Además "la muerte del prójimo es siempre algo nuestro, puesto que nos priva del trato de la persona muerta, disminuyendo nuestro contorno existencial —y, por consiguiente, como si hubiéramos perdido algo de vida, origina en nosotros una impresión de soledad—" (Garza, 2017, p. 16). Es por esta

razón que se pasa toda la vida lamentándose acerca de quienes ya han partido, pues irremediablemente dejan en el sujeto un vacío que bien se sabe no podrá llenar ninguna otra persona, lo que unido al hecho de que la muerte se presenta como la destrucción del propio organismo gatilla en el ser humano un fuerte miedo, guiado por la irracionalidad de nuestra voluntad de vivir.

Es lógico pensar que uno nunca vive su propia muerte, y cabría preguntarse cuánto realmente sabemos acerca de la muerte, pues "la muerte es eso que acontece a nuestros congéneres, y que llamamos así los que todavía estamos vivos, los que sobrevivimos" (Garza, 2017, p. 15). Entonces la muerte no sería un proceso vivido por el que acaba de fallecer, sino que implica la desaparición de la vida orgánica del muerto ante la vida de todo el resto. Sin embargo, es sabido que en su mayoría la gente entiende su muerte propia, desde el momento en que le toca presenciarla en otro, o por la pura fuerza de su razón. La mayoría entiende que habrá algún momento en que ya no existirán de la misma forma que lo hacen ahora, mediante un cuerpo físico, o bien directamente no existirán de ninguna manera, pues es bien sabido que:

> La muerte es la culminación prevista de la vida, aunque incierta en cuanto a cuándo y cómo ha de producirse, y, por lo tanto, forma parte de nosotros porque nos afecta la de quienes nos rodean y porque la actitud que adoptamos ante el hecho de que hemos de morir determina en parte cómo vivimos la muerte del otro, más aún cuando es cercana tendrá un mayor impacto en quien la presencia, y suele desencadenar un proceso reflexivo en torno a la posibilidad de la propia (Oviedo et al., 2009, p. 2).

El saber que los demás mueren y el vivir el proceso de sus muertes lleva de vuelta a la interioridad del sujeto, en cuanto le recuerda que es de la misma especie, y por lo tanto igual de mortal. Es la experiencia de la muerte de los otros lo que finalmente prepara para la propia muerte. Según Oviedo et al. (2009) es el hecho de cómo pensamos la propia muerte lo que define cómo es que se vivirán las muertes de los demás, y sobre todo la de los seres queridos.

El conocimiento de que algún día se ha de morir es tan básico como el hecho de que hay un día en el cual comenzamos a existir. Si bien hoy en día existen debates respecto de cuándo empieza definitivamente la vida, se encuentra que al momento de definir si una persona está muerta se consigue con mucha facilidad, lo que incluso podría demostrar que se es más consciente del propio fin que de los comienzos. En esta misma línea Schopenhauer se refiere a que el término de la vida no debería causar ningún tipo de tristeza ni de sufrimiento, pues "afligirse por el tiempo en el que ya no existiremos es tan absurdo como lo sería entristecerse

por el tiempo en el que todavía no existíamos: pues es indiferente si el tiempo que nuestra existencia no llena está en relación de pasado o futuro con el que sí llena" (Schopenhauer, 2005, p. 520). Este miedo a la muerte en cuanto no se existe solo tiene sentido cuando se piensa la propia vida en razón del principio de individuación, por lo tanto, en términos del tiempo y del espacio que habita el propio cuerpo. Sin embargo, en cuanto el verdadero ser es la voluntad, esta es indestructible y sobrevive a la muerte. De esta manera, aquella destrucción del organismo no se siente en la muerte, sino que solo en la enfermedad o la vejez se es capaz de sentir cómo el cuerpo se deteriora. En cambio, la muerte consiste en el momento en el que el cerebro deja de realizar sus actividades, desapareciendo la conciencia (Schopenhauer, 2005, p. 521). Debido a este motivo, a saber, que la muerte no representa ningún mal concreto más que el término de la vida y de la actividad consciente, es que Schopenhauer definirá que de vez en cuando esta se aparece "como la amiga muerte" (Schopenhauer, 2005, p. 522).

Si se examinan las formas en las que se muere, se encontrará que esta puede presentarse como una muerte natural, la cual "es una progresiva desaparición y evaporación de la existencia en forma imperceptible" (Schopenhauer, 2005, p. 521), que es la forma en la que comúnmente mueren los viejos. Los cuales luego de una larga vida se propician hacia la muerte de una forma calmada y serena, siempre y cuando hayan aceptado su destino. Vemos que en estos casos no hace falta sufrir por el fallecido, pues su proceso ya estaba completo. Desde que se nace, todos quienes rodean al individuo en ese momento saben que este ha de morir en algún momento, sin embargo, nadie lo expresa porque aparece como algo lejano a aquella vida que recién acaba de empezar. A lo largo de la vida se pasa por diversos problemas, el cuerpo se desgasta continuamente, primero de una forma casi imperceptible, hasta la llegada de la madurez, donde ya se es consciente de que se ha de morir, y donde diariamente se va sintiendo el peso de la realidad que consume física y mentalmente. Así ya llegada la vejez uno no debería lamentarse de su propia muerte y debería verlo en los términos de Schopenhauer como la amiga muerte, quien vendrá a recogernos y a librarnos del desgastado cuerpo que hemos utilizado por toda una vida. Por esta razón no se ha de sentir tristeza ni terror por la partida de los ancianos, deberíamos considerarlo como un premio por aquella larga y sufrida vida que al fin encuentra descanso en la muerte.

La otra forma de morir que queda a los humanos es la muerte accidental, aquella que se presenta en quienes son víctimas tanto de accidentes como de infortunios de la vida, y representa como en su mayoría mueren los jóvenes (también es posible que alguien joven

muera de forma natural por el simple desgaste del cuerpo o por cierta enfermedad mortal). Sin embargo, la muerte accidental o como la llama Schopenhauer "la muerte violenta" (Schopenhauer, 2005, p. 521) al igual que la muerte natural no es un proceso doloroso, ya que "ni siquiera las heridas graves se sienten por lo regular más que un instante después y con frecuencia solo se notan por los signos externos: si son inmediatamente mortales, la conciencia desaparece antes de descubrirlas: si matan más tarde, entonces son como las demás enfermedades" (Schopenhauer, 2005, p. 521).

Por estas razones podemos concluir que aquellos que mueren no sufren, pues o bien se entienden como listos para morir ya que han cumplido un ciclo como es el caso de la vejez. O la muerte es tan repentina que no se alcanza a sufrir ninguna clase de dolor y por lo tanto debería sentirse alegría de que aquel se fue de una forma tan abrupta, abandonando una vida de sufrimientos.

Si bien tomando en cuenta todo lo dicho anteriormente queda la idea de que la muerte es un sufrimiento, y que cuando menos es deseable por todos. No se puede evitar sentir que el mundo se viene encima cuando alguno de nuestros seres queridos fallece. Según Oviedo et al. (2009) "el vivir la muerte de nuestros seres más queridos es un suceso tan fuerte, que se tiene que atravesar todo un proceso de duelo, en el que se pondrán de manifiesto todos los mecanismos de defensa, antes de conseguir llegar a la aceptación de este acontecimiento" (p. 2). Por lo que al menos parecería menester el sufrir por la partida de los seres queridos, y entrar en una etapa de duelo que lleve a sanar el hecho de que ya no estarán nunca más, y en relación con esto pensarnos a nosotros mismos como finitos y que algún día estaremos muertos, pues "solamente a través de la muerte concreta del prójimo puedo llegar a un entendimiento esencial de mi muerte. Yo no puedo experimentar mi propia muerte, puesto que, cuando me sobrevenga ésta, dejaré de estar vivo, y ya no podré decirla ni pensarla" (Garza, 2017, p. 17). Este conocimiento de la muerte solo está dado en cuanto que los demás mueren a nuestro alrededor, sin embargo, este conocimiento aparece como vacío o al menos resulta imposible de entender por completo, pues no es la propia vida la que se encuentra en juego en la muerte de los otros. No es como el sufrimiento del cual somos capaces de expresar las razones por las que se está sufriendo. La muerte, aun cuando se la vea en los demás, aparece como un misterio. Según Garza (2017):

> El hombre podrá realizar la experiencia de su agonía, ya que la agonía es aún vida, pero no la experiencia de su muerte, porque la muerte es la supresión de toda experiencia.

> Tampoco podemos experimentar la muerte de los demás, pues ésta nos es absolutamente ajena. La muerte es algo que pertenece exclusivamente a cada uno, pero es una extraña posesión que nadie pudo explorar hasta ahora. Lo único que de la muerte sabemos es que los demás mueren. Toda nuestra experiencia de la muerte es, por decirlo así, no vivenciable e ininteligible. Podemos apelar a dogmas revelados o a simples hipótesis racionales, pero la muerte en sí es un estado incognoscible, un fenómeno que escapa a nuestra observación (p. 19).

Si bien no se puede experimentar la muerte ajena, si es posible observar y aprender de ella, en ese sentido no sería algo ininteligible, sino que estaría fuera de la experiencia propia, en cuanto no es el propio individuo que observa el que muere. Sin embargo, se es capaces de observar el flujo vital de los que nos rodean, así como experimentamos el propio, encontrando similitudes entre los cercanos y reflejándose en ellos, al mismo tiempo que desarrollamos la propia vida. Tomando entonces al ser humano como un ser social, Oviedo et al. (2009) identificará un tercer tipo de muerte: la muerte social, la cual sucede cuando:

> el ser social no es capaz de incorporarse a un proceso de producción de bienes o tareas fundamentales para la supervivencia del grupo, ese hombre está muerto socialmente, aunque se encuentre vivo biológicamente. Por lo tanto, el significado social de la muerte se presenta en la propia vida, es cuando estando vivos no somos útiles ni a nuestro grupo social o familiar ni a la sociedad a la cual pertenecemos (p. 3).

Si se toma en cuenta esto último, entonces se habría de decir que la muerte, más que el momento exacto en el que desaparece nuestra conciencia, es un proceso. Lo señalado por Oviedo et al. representa en sí cómo se establece una relación con la vejez o la enfermedad. Pues un individuo que no puede producir, ni ayudar al grupo se entiende como bien un individuo demasiado viejo, al que las fuerzas –tanto físicas como mentales– ya no le acompañan, o bien a un enfermo crónico que debido a su padecer no puede efectuar ninguna clase de actividad sin la supervisión o ayuda de otro externo a él. Sin embargo, se observa que en la mayoría de las sociedades actuales se busca el mantenimiento de los individuos, incluso de modo artificial, en los casos que se acaban de describir. Es difícil encontrar una sociedad en donde los enfermos y los viejos sean apartados completamente de la sociedad, ya que siempre están relegados a la ayuda de por lo menos uno de sus cercanos. La muerte social debería ser la definición de cualquier muerte, pues en cada uno de los casos que se pueden revisar, uno siempre muere en la sociedad. El decir que hay un tipo especial de muerte en donde el individuo es olvidado en vida debe

representar una minoría de los casos. Y aun cuando es por obligación los más necesitados siempre son ayudados por el resto de la sociedad como un puro acto de compasión desinteresada. En palabras de Garza (2017), solo:

> cuando el hombre actúa como miembro de la colectividad, preocupado por el mejoramiento y bienestar de vida de otros seres humanos que incluso no conoce y que vendrán detrás; su interés por lo que pueda ocurrir después de la muerte es apenas nada. Cuando sólo piensa en sí mismo y al final cae en la cuenta de que todos sus actos fueron movidos únicamente por la ambición y el egoísmo personal, entonces sí que la muerte aparece como algo indeseable y preocupante (p. 21).

La muerte del otro, por muy poco que se lo haya conocido, no evita despertar un sentimiento de incomodidad o de profunda pena en el resto de una forma casi segura. La muerte del otro se presenta como "el aviso de que he de morirme algún día también. Y ello me fuerza a vivir en la anticipación constante del fin, a tomar conciencia de que la muerte es mi única y definitiva posibilidad en el mundo (Garza, 2017, p. 17).

La muerte aparece como el fin de la actividad vital y la desaparición de la conciencia. A pesar de estos adjetivos que se le pueden atribuir, es interesante la forma en que se refiere Schopenhauer (2005) al tema, diciendo que: "el ser viviente no sufre una destrucción absoluta con la muerte, sino que permanece en, y junto con la totalidad de la naturaleza" (p. 525). Ahora bien, esto puede verse de dos maneras diferentes: que la materia que conforma al individuo vuelve a ser parte de la misma naturaleza de la que este formó parte y de la que se nutrió durante toda su vida; o que existe una naturaleza especial de la que se es parte y a la que se vuelve una vez que se termina el ciclo vital. Lo primero se explica fácilmente si tomamos en cuenta la Ley de Lavoisier, según la cual la materia no se crea ni se destruye, solo se transforma. Para Schopenhauer (2005) la:

> materia que ahora aparece en forma de polvo y ceniza muy pronto, disuelta en agua, se convertirá en cristal, brillará como metal, luego lanzará chispas eléctricas, mediante su tensión galvánica manifestará una fuerza que, descomponiendo las combinaciones más sólidas, reduce las tierras a metales: e incluso tomará por sí misma la forma de planta y animal (p. 524).

Por lo que examinar la muerte desde un punto de vista físico como el fin de la existencia sólo sería verdad si es que se ve esa existencia únicamente como conciencia. Mas si se la examina

en términos del cuerpo, y solo en términos de la existencia física, jamás se ha de morir pues las mismas moléculas que formaron parte de nuestro cuerpo harán renacer nueva vida cuando este fallezca. Así cuando el individuo sea enterrado será comida de gusanos, los que a la vez de fertilizar la tierra serán comida de aves. Asimismo, los nutrientes que se encontraban en el sujeto en el momento de su muerte serán devueltos a la tierra para hacer crecer el pasto del que comen las mismas vacas que en su momento le dieron alimento cuando era más pequeño. De la misma manera si uno elige o debe ser cremado, si es que las cenizas son esparcidas volverán a la naturaleza de donde salieron, llegando a fertilizar un gran bosque o mezclándose con el agua del mar durante miles de años. El continuo nacer y perecer de las cosas alimenta otras cosas que a su vez nacen y perecen, contribuyendo a un ciclo infinito por lo que Schopenhauer (2005) dirá que:

> En todo tiempo y lugar el auténtico símbolo de la naturaleza es el círculo, que representa el esquema del retorno: esta es de hecho la forma más general de la naturaleza que se desarrolla en todo, desde el curso de los astros hasta la muerte y el nacimiento de los seres orgánicos; y solo a través de ella se hace posible una existencia duradera dentro de la corriente del tiempo y su contenido, esto es, una naturaleza. (p. 529).

Este examen si bien correcto no estaría completo, ya que aquí se presenta una forma de ver la existencia puramente materialista. A diferencia de este examen, Schopenhauer consideraba que el verdadero ser en sí no se encuentra en el cuerpo físico que es una representación de la voluntad, sino que en la voluntad misma. En esta línea Schopenhauer (2005) menciona que "la fuerza vital permanece intacta frente al cambio de las formas y los estados que produce y lleva consigo el nexo de las causas y efectos, y que son lo único que está sometido al nacer y perecer tal y como se presenta en la experiencia" (p. 524).

Comúnmente en el mundo ninguna vida parece durar mucho. La sola vida humana que con mucha suerte llega a los cien años es un tiempo corto si se toma en cuenta todo el tiempo que está registrado con la historia escrita. Parece aún más corto si se tiene en cuenta que difícilmente se llegará a esa edad, la cual sólo es concebible teniendo una salud espectacular y una genética impresionante. Lo normal para el ser humano común y corriente es llegar hoy en día a los ochenta años, y a veces a duras penas, de los cuales los últimos veinte han sido con constantes achaques y enfermedades.

La muerte ajena, en resumen, solo puede traer temor en cuanto no se comprenda la permanencia en el mundo ni físicamente, ni tampoco en su esencia misma. La muerte de

aquellos que rodean al sujeto no debería ser motivo de lamentos ni temores, sino que debería ir siempre acompañada de la compasión, que es una forma de amor. Amor por los que se fueron y no volverán como ellos mismos, sino que como el gusano que alimenta a la bella ave o el polvo que se nos mete en el ojo al haber mucho viento. Sea como sea, no se debería jamás considerar que se han ido absolutamente, pues siguen en el mundo de una forma u otra debido a que:

> Ese continuo nacer y perecer no alcanza en modo alguno la raíz de las cosas sino que solo puede ser relativo y hasta aparente; y que el verdadero ser interior de cada cosa, que se sustrae a nuestra mirada y es totalmente misterioso, no es afectado por él sino que permanece siempre intacto; mas no podemos ni percibir ni comprender cómo eso ocurre (Schopenhauer, 2005, p. 527)

Desde el punto de vista materialista la muerte no debería de importar demasiado, ya que la materia que compone a los individuos sigue existiendo en las múltiples formas que pueda tomar a lo largo de la historia. En este caso es más importante mejorar las condiciones materiales para la siguiente generación, lo que le da un propósito a la vida. Por lo tanto, es más importante lo que se haga en vida que lo que haya después de la muerte, lo que según el materialismo rígido está negado. Desde el punto de vista de Schopenhauer la muerte no tiene por qué ser algo terrible para el individuo, ya que incluso en su absoluta destrucción, su *ser en sí* permanece. Según la visión del autor, tanto el cuerpo del individuo como los demás cuerpos que le rodean son objetivaciones de la voluntad, y, por tanto, sólo representaciones que son capaces de conocer mediante los sentidos. Pero *la cosa en sí* que mantiene el ser de cada uno permanece oculta al entendimiento, y solo puede ser entendida de manera intuitiva, esa esencia es la voluntad. La voluntad es la fuente del sufrimiento humano al tener un querer irracional y no poder ser satisfecha. Mientras el sujeto se deje guiar por el querer ciego de la voluntad este se encontrará cubierto por el velo de Maya, y sólo podrá conocer mediante el principio de individuación. Ya que el conocimiento mediado por este principio responde a las ideas que se tienen del tiempo y espacio, entonces parece que las cosas nacen y mueren, cuando su esencia siempre permanece. Esto es explicado por Schopenhauer (2005) al decir que:

> Todo dura un solo instante y se precipita a la muerte. La planta y el insecto mueren al final del verano, el animal y el hombre, tras unos pocos años: la muerte siega sin descanso. Pese a ello, y como si nada de eso ocurriese, todo existe a cada momento y está en su puesto, como si todo fuera inmortal. A cada instante reverdece y florece la

> planta, zumba el insecto, el animal y el hombre se mantienen en una indestructible juventud, y cada verano volvemos a tener ante nosotros las cerezas que mil veces hemos degustado (p. 531).

La vida representa un ciclo ininterrumpido, en donde a cada momento se presentan diferentes representaciones, pero todas de la misma idea, todas de la misma especie. Con respecto a esto se encuentra que como el verdadero ser de las cosas no se haya en su forma, y el cuerpo es solo la manifestación de la voluntad en una de sus múltiples formas, es justo pensar que aquella voluntad que se encuentra en todas las cosas sobrevive a la muerte del cuerpo físico. A la voluntad de vivir que se encuentra cegada por sus deseos siempre se le presentan las cosas en un presente infinito. Esta voluntad que solo quiere saciarse y que encuentra su objetivación máxima en el individuo humano, se encuentra a sí misma en todo el resto de la existencia, mientras que su objetivación conoce solo mediado por el tiempo y el espacio. El individuo conoce solo en tanto lo que su voluntad quiere conocer, pero se ve atrapado en el tiempo y en el espacio por lo que solo conoce las cosas como individuales, y no logra captar la universalidad de la voluntad. El conocimiento del individuo sumido en la voluntad de vivir nunca podrá entender el continuo ciclo por el que la destrucción de la materia no significa nada, y por lo que su muerte no es de importancia para una voluntad que existe siempre y en todo lugar. En resumen, la voluntad de vivir está siempre "en un presente infinito; porque esa es la forma de la vida de la especie, que por eso no envejece, sino que se mantiene siempre joven. La muerte es para ella lo que el sueño para el individuo o para el ojo el parpadeo" (Schopenhauer, 2005, p. 531).

La vida del individuo está condicionada por el tiempo, en cuanto percibe mediado por el principio de individuación. No logra comprender cómo es que puede haber una inmortalidad si es que con su muerte desaparece lo que más familiar le parece: su cuerpo. Sin embargo, su *ser real* permanece intacto ya que no es corruptible como la materia de la que está hecho el cuerpo. De esta forma, diferenciando el fenómeno del cuerpo de la *cosa en sí*, "podemos establecer la afirmación de que el hombre es perecedero en cuanto fenómeno pero su ser en sí permanece intacto; así que, aun cuando no se le pueda atribuir una perduración debido a la eliminación de los conceptos temporales con respecto a él, es efectivamente indestructible" (Schopenhauer, 2005, p. 547).

Por lo anteriormente señalado, se debe entender que la muerte es una parte necesaria de la vida, como Schopenhauer señala que el círculo es la figura de la naturaleza, donde todo lo

que muere, vuelve en algún momento y espacio futuros. El tiempo –considerándolo como pasado, presente y futuro– es una ilusión, sólo existe un eterno presente en el que la voluntad se desarrolla. La muerte solo responde a ese círculo necesario de la naturaleza que no puede ser roto de ninguna manera, pues entonces sería nada y aunque la nada podría ser superior a lo que existe –o lo que se percibe como existente–, es mejor ni siquiera pensar en ello pues siempre se será algo, de una forma u otra. Así, la muerte de nuestros seres queridos debe celebrarse con júbilo, puesto que después de todo ellos permanecen, y si no lo hacen cómo son recordados, al menos puede tranquilizar la idea de que algún día volverán a vivir en diversa forma, y quizá los caminos se cruzarán de nuevo. Así conociendo la voluntad y su naturaleza de una forma clara podemos decir que:

> En el fondo somos uno con el mundo en mayor medida de lo que solemos pensar: su ser íntimo es nuestra voluntad; su fenómeno es nuestra representación. Para quien fuera capaz de lograr una clara conciencia de ese ser uno, desaparecería la distinción entre la permanencia del mundo externo tras su muerte, y la suya propia: ambas se presentarán a él como una misma cosa e incluso se reiría de lo ilusorio de separarlas (Schopenhauer, 2005, p. 539).

III.3: El suicidio

El suicidio –a pesar de su acción de destruir el cuerpo fenoménico– no otorga la verdadera salvación en la filosofía de Schopenhauer. De buenas a primera uno esperaría que el autor que identifica el sufrimiento como parte esencial de la vida estaría de acuerdo con que uno terminará con la propia vida. Sin embargo, según el autor, la salvación no sería posible bajo este método, ya que como se señaló: el verdadero ser no se encuentra en el cuerpo propio, sino que es su esencia subyacente. En esta filosofía el cuerpo es un mero fenómeno de la voluntad, mas no representa lo verdadero, sino que el ser verdadero se encuentra en la voluntad, la cual es la misma que se objetiva en todos los demás cuerpos susceptibles de conocer. De esta manera según dice Schopenhauer (2009) "El suicida quiere la vida, simplemente está insatisfecho con las condiciones en que se le presenta. De ahí que al destruir el fenómeno individual no elimine en modo alguno la voluntad de vivir, sino solamente la vida" (p. 461). Ya que la parte indestructible de nuestro ser sobrevive a la muerte del cuerpo, y dado que no logró negarse a sí misma, la voluntad vuelve a objetivarse en otro objeto, comenzando nuevamente el ciclo del dolor.

La acción del suicidio solo puede ser realizado por una voluntad ciega que en última instancia no supo aprovechar y aprender del dolor que le trajo la vida, sino que siéndole imposible el seguir sufriendo, el individuo acaba con su propia vida con una esperanza de que aquello le traiga tranquilidad, una especie de confort. Sin embargo, el acto del suicidio no destruye toda la esencia del ser humano, en cambio:

> El suicida niega solamente el individuo, no la especie. Ya antes vimos que, puesto que a la voluntad de vivir le es siempre cierta la vida y a esta esencial el sufrimiento, el suicidio, la destrucción voluntaria de un fenómeno individual en el que la cosa en sí queda intacta (…), es una acción totalmente vana y necia (Schopenhauer, 2009, p. 461).

Así a pesar de que la acción del suicidio parece una opción viable para el individuo que se encuentra cansado y aburrido de sufrir, no le traerá la paz más que como individuo atrapado en el principio de individuación. La voluntad –que aún no se conoce completamente en este caso– ha de retornar una vez más a la rueda de la vida, a sufrir nuevamente bajo alguna de las múltiples formas que le son posibles. Una razón clara y que logra captar la verdadera esencia de todas las cosas no elegiría el suicidio, pues conoce que el cuerpo en el que se encuentra no es más que el fenómeno de su voluntad, y por esa misma razón es que no sucede nada si este se elimina. Por esta razón el suicidio solo puede ser llevado a cabo por una razón corta de vista,

pues una que hubiera conocido su verdadero ser no habría derrochado todo el sufrimiento de una vida en no conocerse a sí misma y podría haberse escapado del ciclo de sufrimientos marcado por el nacer y perecer de las cosas. Sin embargo, según Schopenhauer (2005), es también una razón clara la que una vez conociendo la esencia de sí misma:

> Habría calculado enseguida que el negocio no cubre los costes, ya que ese afán y lucha tan violentos, con el empeño de todas las fuerzas, bajo un desvelo, angustia y necesidad perpetuos y, por añadidura, la inevitable destrucción de aquella vida individual, no encuentra ninguna compensación en aquella efímera existencia así conseguida y que se convierte en nada entre nuestras manos (p. 634).

Examinando detenidamente la filosofía de Schopenhauer, pareciera que en un principio está listo para aceptar al suicidio como una forma de negar la propia voluntad. Parecería que, siguiendo la línea argumentativa, el suicidio debería aparecer como un acto de deprecio a uno mismo y hacia la vida propia, por lo que el suicida toma la decisión de eliminarse a sí mismo de la ecuación. Sin embargo, esto no traerá ninguna clase de salvación, ya que la única forma de librarse del sufrimiento que conlleva la vida es mediante la negación de la voluntad de vivir. Pues la voluntad:

> No puede ser suprimida por nada más que el conocimiento. De ahí que el único camino de la salvación sea que la voluntad se manifieste sin obstáculos para que pueda conocer su propio ser en esa manifestación. Solo como consecuencia de ese conocimiento puede la voluntad suprimirse a sí misma y al tiempo terminar con el sufrimiento que es inseparable de su fenómeno: pero no es posible lograrlo con la violencia física, como la destrucción del germen, la muerte del recién nacido o el suicidio (Schopenhauer, 2009, p. 463).

En la filosofía de Schopenhauer, cuyo tema central es definir la existencia como sufrimiento, la única forma de evitar este es mediante el conocimiento claro y distinto de su propia esencia: la voluntad. El suicida no estaría negando su voluntad en ningún grado, de hecho, afirma su voluntad con la mayor de las fuerzas, pues ya no solo afirma su voluntad de una forma que sus acciones lo llevan a dañar a otros mediante el egoísmo, sino que levantando su propia arma contra sí misma la voluntad elige exterminar a su fenómeno pues considera que la vida que lleva no le será posible cumplir sus deseos por las razones materiales que se le presentan. Por eso ante las infinitas necesidades que tiene la voluntad al sentirse obstaculizada constantemente

en su hacer “suprime el cuerpo, que no es más que su propia visibilidad, antes de que el sufrimiento quebrante la voluntad” (Schopenhauer, 2009, p. 462).

En resumen, se encuentra que el suicida se elimina a sí mismo pues no puede vivir queriendo lo que le es imposible de conseguir, y como la paz de la muerte le parece mucho más apetecible que el sufrimiento constante, se suicida. El suicidio es una forma de afirmación de la voluntad en tanto que el suicida no quiere morir, sino que quiere vivir como le plazca. Pero ese vivir como le plazca no es posible en cuanto debe sufrir constantemente por sus necesidades, las cuales una vez satisfechas dejan de cumplir su rol de necesidad y ejercen en el individuo una especie de vacío que le produce aburrimiento, y lo lleva de vuelta al sufrimiento. Aquel sufrimiento, que era lo que en última instancia podría haber librado al individuo de su carácter volitivo –y por lo tanto de su sufrimiento– se transforma en el individuo atrapado en el principio de individuación en un fuerte deseo de suicidarse. Si el individuo suicida hubiera tenido un conocimiento más cercano de su voluntad, habría comprendido precisamente que:

> El sufrimiento al que de ese modo se sustrae era lo que en cuanto mortificación de la voluntad le podría haber conducido a la negación de sí misma y a la salvación, por lo que en ese respecto el suicida se asemeja a un enfermo que tras haber comenzado una dolorosa operación que podría sanarle de raíz, no permite que concluya sino que prefiere mantener la enfermedad (Schopenhauer, 2009, p. 462).

Se encuentra que el suicidio no es una solución al sufrimiento de la vida según Schopenhauer, pues representa una clara afirmación de la voluntad de vivir, al ser una solución al problema de no querer la vida como es. Como ya se mencionó, el suicidio sustraería al individuo del sufrimiento de la vida, pero solo como fenómenos, ya que su ser real resiste la destrucción del cuerpo. La única forma de superar el dolor es mediante la negación de la voluntad de vivir, razón por la cual Schopenhauer caracteriza el suicidio por inanición voluntaria como un ejemplo de suicidio que va de la mano con aquella negación de la voluntad. En palabras de Schopenhauer (2009) se refiere al tema señalando que “esa clase de suicidio no nace en modo alguno de la voluntad de vivir, sino que ese asceta totalmente resignado cesa de vivir porque ha cesado totalmente de querer” (p. 463).

El carácter ascético del suicidio parece ser la solución definitiva al problema, sin embargo, de aquí nace un problema del que el propio Schopenhauer es consciente. Ya que, al establecer un tipo de suicidio como válido, o acorde al deseo de la negación de la voluntad de vivir, se crea sin quererlo una escala de todas las clases de suicidio en donde habría unos modos

válidos y otros que no lo son. Explicado en palabras del mismo Schopenhauer (2009) este dice que:

> Entre esa muerte nacida del extremo del ascetismo y el habitual suicidio por desesperación puede haber diversos grados intermedios y mezclas que son ciertamente difíciles de explicar; pero el ánimo humano tiene profundidades, oscuridades y complicaciones que son extremadamente difíciles de aclarar y desplegar (p. 464).

El suicidio es despreciado por Schopenhauer por su concordancia con la afirmación de la voluntad de vivir, lo que según él no habría de traer ninguna clase de solución para el individuo en su carácter sufriente. Si lo que el ser humano desea es dejar de sufrir, entonces debe suprimir justamente aquello que es lo que lo hace desear: su voluntad. De esta manera, la vida humana aparece como constante sufrimiento a menos que se niegue aquella voluntad de vivir, recordando que esta vida:

> Lejos de tener el carácter de un regalo, tiene el de una deuda contraída. Su requerimiento de pago aparece en la forma de las apremiantes necesidades, los torturadores deseos y la infinita miseria que plantea aquella existencia. Para saldar esa deuda se emplea, por lo regular, la vida entera: pero con ello solamente se han saldado los intereses. El pago del capital se produce con la muerte (Schopenhauer, 2005, p. 635).

Por lo que nada bueno ha de esperarse de estar vivo, una vida que podría llamarse lujosa en la que se tenga a la mano todas las cosas necesarias para la satisfacción personal está destinada al sufrimiento constante. Esto último ocurriría por estar inhabilitada para librarse de su sufrimiento, a menos que el individuo se de cuenta de que ni todos los bienes materiales del mundo podrían callar el dolor que produce la voluntad en su afán ciego y sin límites. Por el contrario, una vida de pobreza no será capaz de suministrar a la voluntad ni en el más básico de sus deseos, por lo que esa infinita ansia se manifestará como un constante dolor en el individuo que apenas tiene para comer. Se logra vislumbrar que, a pesar de encontrarse objetivado como un cuerpo físico, la salvación y el bienestar del ser humano nunca vendrán de aquel mundo engañoso de las representaciones.

La vida humana se desarrolla en un constante sufrimiento, del cual solo es posible escapar negando la misma esencia que da la existencia. Ni la muerte causada por otros, ni la natural, ni el suicidio pueden quitar esta situación de individuo sufriente, solo el entendimiento

y la negación de la voluntad de vivir son las herramientas necesarias para salir de este calvario. En la medida en que "el fin de nuestra vida es el trabajo, la privación, la miseria y el sufrimiento, coronados por la muerte" (Schopenhauer, 2005, p. 639) no se debe rehuir esta última conscientemente, se ha de mejorar el conocimiento y buscar la esencia de las cosas para poder liberarse del sufrimiento universal que conforma la voluntad, añorando la muerte como el último bien que espera al individuo, ya que "son solo mentes pequeñas, limitadas, las que temen seriamente la muerte como su destrucción" (Schopenhauer, 2005, p. 528). Y clamando por la muerte como hace Baudelaire (2012) se ha de decir:

> ¡Oh, Muerte, venerable capitana, ya es tiempo! ¡Levemos el ancla!
>
> Esta tierra nos hastía, ¡oh, Muerte! ¡Aparejemos!
>
> ¡Si el cielo y la mar están negros como la tinta,
>
> Nuestros corazones, a los que tú conoces, están radiantes!
>
> ¡Viértenos tu veneno para que nos reconforte!
>
> Este fuego tanto nos abraza el cerebro, que queremos
>
> Sumergirnos en el fondo del abismo, Infierno o Cielo, ¿qué importa?
>
> ¡Hasta el fondo de lo Desconocido, para encontrar lo nuevo!
>
> (El Viaje VIII, 2012 p. 258).

Conclusiones

A partir del estudio de la obra magna de Schopenhauer se ha examinado la fuente del sufrimiento humano, sus razones de ser y las posibles soluciones que plantea el autor. El sufrimiento aparece como-una parte inconfundible de la experiencia que se llama vida, el cual se encuentra presente en todas las necesidades. Se ha visto que bien se cumplan o no aquellas necesidades, el sufrimiento se sigue presentando en la vida adoptando diversas formas como pueden ser el aburrimiento y el egoísmo.

Se dilucidó que el sufrimiento se encuentra en última instancia en la propia esencia del ser humano. La afirmación de la voluntad de vivir, en este caso la culpable de que no se pueda estar nunca satisfechos con nada que se logre o no se logre en la vida, siendo la única forma de liberarse de este sufrimiento, la negación de aquella voluntad de vivir. Esta representaría la única vía de salvación para el ser humano, y vendría a ser la negación de su propia esencia en pro de hacer su existencia indolora, o menos dolorosa. Sin embargo, se presentan ante los individuos formas de disminuir o de descansar del sufrimiento que conlleva la existencia: por medio de la contemplación estética, así como mediante los caracteres de lo bello y lo sublime. Se encuentra así una importante puesta en escena de las obras artísticas, donde en vez de ser simples piezas de museo, se transforman en representaciones claras de una idea lo que lleva a conocer la realidad verdadera del mundo intuitiva o activamente.

Con el conocimiento de que es la voluntad lo que finalmente ocasiona el sufrimiento en el ser humano, se ha concluido de igual forma que la vejez tiene importantes puntos a favor sobre la vida de los jóvenes, cosa que a primera vista parecería un sin sentido. Además de presentarse como una época sombría, marcada por las enfermedades y el agotamiento físico, es, sin embargo, una época de la vida en la que la voluntad se ha apaciguado, de la misma manera que lo han hecho las pasiones, sobre todo, el deseo sexual que tanto sufrimiento trae a la vida del ser humano. Asimismo, se ha encontrado que a pesar de lo que se pensaría normalmente, la muerte no es parte esencial de la vejez, sino que el fin de cada uno de nosotros podría encontrarse en cualquier momento y lugar de la vida, es decir, afecta a todos los individuos por igual. Por lo tanto, no está ligada directamente a la vejez, sino que en su conjunto a la vida humana.

Finalmente se ha encontrado que la muerte es el mejor regalo que podría darse a cualquier individuo en cuanto les elimina como individuos, desapareciendo la consciencia y dejando que la voluntad continúe su curso natural de restituirse una vez más como fenómeno

en otro cuerpo, en otro tiempo y lugar. La muerte a pesar de no ser el fin para la voluntad, si lo es para el individuo. Y ya que desaparece la conciencia, podría decirse que se ha superado el problema del sufrimiento, al menos temporalmente. Se ha descubierto que la razón de los sistemas metafísicos es justamente entregar respuestas acerca del fenómeno de la muerte, el cual afecta a todos por igual. Así, aunque la mayoría parezcan engañosos y patrañas optimistas, no se puede negar su valor intrínseco en la vida del ser humano, ya que –sea una religión o una filosofía– dicho sistema trae calma al individuo al darle una respuesta con respecto a su no existencia: la muerte. Desde la filosofía de Schopenhauer dicha muerte solo afectaría al cuerpo del individuo, mas no a su esencia propia, por lo que no representa una verdadera destrucción, ni un verdadero fin, ya que la voluntad simplemente se vuelve a insertar en la rueda de la naturaleza. Esta razón es por la cual con el suicidio no se lograría la verdadera libertad, ya que en su núcleo se encuentra una ciega voluntad a la vida, en otras palabras, el suicidio sería solo una de las más grandes afirmaciones de la voluntad de vivir. Por lo tanto, este acto no traerá ninguna solución al problema del sufrimiento, ya que en donde quiera que actúe la voluntad de vivir, se encuentra el sufrimiento.

El suicidio solo representaría aquella destrucción del cuerpo, mas la voluntad seguiría afirmándose. La filosofía de Schopenhauer enseña que a pesar de ser el sufrimiento una situación de la que casi todos desean escapar, es necesario abrazarlo y comprenderlo para la verdadera liberación de este. Un individuo que no logre captar que el sufrimiento se encuentra en su esencia, y que por tanto, debe negar aquello que lo hace ser a él, se encontrará atado por la eternidad al mundo de la representación y al sufrimiento que conlleva.

Bibliografía

Abreo, A. (2011). *La muerte en Schopenhauer: Negación y liberación de la voluntad* [Tesis de Magíster, Pontificia Universidad Javeriana]. DOI: https://doi.org/10.11144/Javeriana.10554.5976

Arnau, J. (2021). *Upanisad: Correspondencias ocultas*. Girona, España: Ediciones Atalanta S.L.

Aurenque, D. (2021). Fenomenología de la vejez y el cuerpo como anclaje al tiempo: "Se debe ser viejo para reconocer lo breve que es la vida". *Valenciana* (15). 147-168.

Ávila, M. (2015). Frida Kahlo: Entre el sufrimiento y el arte. *Revista de Filosofía* (81). 117-138. https://produccioncientificaluz.org/index.php/filosofia/article/view/21019/20878

Baudelaire, C. (2012). *Las flores del mal.* (P. Provencio, Trad.). Madrid, España: Edaf.

Cicerón, M. (2004). *Diálogos: De la vejez/De la amistad*. (V. López Soto, Trad.). Madrid, España: Edimat Libros S.A.

Garza, A. (2017). La muerte del otro. *Revista Andamios*, *14*(33). 15-22.

Indo, Y., Tsuruta, M., Hayashida, Y., Karim, M. A., Ohta, K., Kawano, T., Mitsubuchi, H., Tonoki, H., Awaya, Y., & Matsuda, I. (1996). Mutations in the TRKA/NGF receptor gene in patients with congenital insensitivity to pain with anhidrosis. *Nature genetics*, *13*(4), 485–488. DOI: https://doi.org/10.1038/ng0896-485

Jara, E. (5 de abril 2022). El bombardeo de Guernica en 1937, la masacre que inspiró a Picasso.

Liarte, M. (2009). Laocoonte. *Revista digital de clases historia*, (21). http://www.claseshistoria.com/revista/index.html.

Oviedo, S., Parra, F. & Marquina, M. (2009). La muerte y el duelo. *Revista electrónica Enfermería Global*, (15).

Platón. (1985). La apología de Sócrates en *Diálogos I.* (J. Calonge Ruiz, Trad.). pp. 137-186. Madrid, España: Editorial Gredos

Polo, L. (2000). Tres aproximaciones al Arte Terapia. *Arte, individuo y sociedad*, (12). 311-319. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=158040

Schopenhauer, A. (2009). *El mundo como voluntad y representación I*. (P. López de Santa María, Trad.). Madrid, España: Editorial Trotta.

Schopenhauer, A. (2005). *El mundo como voluntad y representación II*. (P. López de Santa María, Trad.). Madrid, España: Editorial Trotta.

Schopenhauer, A. (2009). *Parerga y Paralipómena II*. (P. López de Santa María, Trad.). Madrid, España: Editorial Trotta.

Virgilio. (2018). *La Eneida I.* (M. Antonio Caro, Trad.). Guanajuato, Mexico: Editorial de la Universidad de Guanajuato.